



Brigitte
EN ACCION

Lou Carrigan

Parálisis

Brigitte recibe un telegrama pidiéndole que se presente urgentemente en un hospital de París. Cuando llega allí descubre que el telegrama ha sido enviado por la policía francesa, que han encontrado a un hombre completamente paralizado que tenía un papel con su nombre y dirección en la mano. Cuando Brigitte va a identificarle, descubre que se trata del sin par Número Uno.



Lou Carrigan

Parálisis

Brigitte en acción - 134

Archivo Secreto - 205

ePub r1.0

Titivillus 13.04.2019

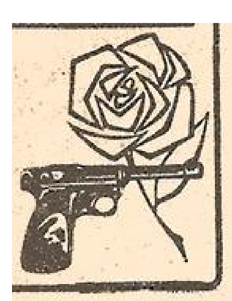
Lou Carrigan, 1971
Diseño de portada: Benicio
Diseño portadilla VI Aniversario: Lenny

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




6º Aniversario
Edición Conmemorativa





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Capítulo primero

Había cinco hombres en el salón de la villa. Tres de ellos estaban de pie, uno junto al bar, y los otros dos apoyados en la pared. Los otros dos, a los cuales miraban, estaban sentados en sendos sillones, conversando. De estos dos, uno era notable, por su estatura, la anchura de sus hombros, sus manos grandes y tostadas por el sol, igual que su rostro enérgico, de barbilla agresiva. Sus negros ojos parecían en aquel momento dos duros trozos de cuarzo, fijos en su interlocutor, más insignificante, ataviado con bata blanca.

Fue este último quien habló en aquel momento, en tono bajo, entre sorprendido y disgustado.

—Entonces, ¿no acepta? —preguntó.

—No —dijo el atleta de ojos negros.

—Es una lástima… Sólo le he explicado una parte de mis proyectos…

—Ha sido suficiente para que yo lo comprenda todo, doctor Le Fonté. Y no me interesa. Mi respuesta es definitiva: no.

—Es una lástima —repitió el doctor Le Fonté—. ¡Tengo tan excelentes referencias de usted! Los hombres de su categoría son los que más interesan: aventureros bien preparados, con mucha experiencia, duros, fríos, capaces de todo…

—De todo, no. Lo lamento.

—Espero que se haya dado cuenta de que no le he ofrecido un simple empleo, sino una jefatura.

—Yo me doy siempre cuenta de todo —sonrió secamente el atleta—. Y creo haber sido ya lo bastante claro para que no tengamos nada más que hablar. Es todo, doctor Le Fonté. Buenas noches.

El doctor Le Fonté tuvo que alzar la cabeza cuando el gigantesco personaje se puso en pie. Estuvo unos segundos mirándolo, claramente decepcionado. Por fin, suspiró.

—De acuerdo. Lamento haberle hecho perder su tiempo. Si le parece que debo indemnizarlo por ello…

—No es necesario. Adiós.

Sin más ceremonias, se dirigió hacia la puerta. Ni siquiera concedió una mirada a los tres hombres que estaban cerca del bar, los cuales sí lo miraban, fruncido el ceño, implacable la expresión de sus ojos. Cuando el gigante hubo salido, los tres hombres miraron al doctor Le Fonté, que había dejado caer la cabeza sobre el pecho, y parecía muy disgustado. Estuvo así unos segundos, hasta que, finalmente, alzó la cabeza, miró a los tres sujetos y sonrió torcidamente. Su mano derecha se alzó, se cerró, y sólo el pulgar quedó separado, recto, apuntando hacia abajo.

—Matadlo —dijo.

Los tres hombres sonrieron, y se dirigieron rápidamente hacia la puerta. Cuando salieron de la pequeña villa cercana al mar, ya no se veía al atlético visitante, y los tres cambiaron una mirada entre furiosa y desconcertada.

—Se ha dado mucha prisa, ¿verdad? —gruñó uno de ellos.

—No olvides de quién se trata. Ha debido comprender que no se le dejaría marchar tan ricamente.

—Pero llegó aquí a pie, de modo que podremos alcanzarlo muy pronto con el coche. Ve a por él.

—¿Crees que se dirige a Antibes?

—¿Adónde si no? Es la localidad más cercana, y a pie no creo que pretenda llegar hasta París… Date prisa. Debe estar alojado en algún hotel de Antibes.

Segundos después, los tres partían en el coche, saliendo de la villa florida. Tomaron la carretera hacia Antibes, y, en efecto, casi en seguida vieron la alta silueta vestida de oscuro caminando por un lado de la carretera, con paso elástico, felino, lento.

—Ahí lo tenemos. No ha sido difícil. Acércate más, Sacha.

—Ha tenido que oírnos… No me fío de ese hombre. Sólo con que sea verdad la mitad de lo que nos dijeron…

—Tonterías. Las balas matan a cualquiera. ¡Sigue!

Sacha continuó adelante, mientras sus dos amigos, en el asiento de atrás, sacaban sus pistolas, provistas de silenciador. El coche se acercó más, prácticamente inaudible el motor, apagadas todas las luces del vehículo.

—Disparemos los dos a la vez, Michel.

—*Très bien*, Roger.

Listas ya las pistolas, se acomodaron ambos junto a la ventanilla, cuyo cristal estaba bajado. Apercibieron las armas, e iniciaron el movimiento para apuntar al alto sujeto que estaba siendo alcanzado por el coche…

Y de pronto, el perseguido saltó hacia su izquierda, fuera de la carretera, hacia los pinos. Fue un salto largo, agilísimo, y, sobre todo, inesperado para los perseguidores, que sacaron precipitadamente las pistolas completamente por la ventanilla, y dispararon varias veces hacia el lugar por donde había desaparecido el perseguido, por entre los pinos. Sus disparos sonaban como descorches de champaña en el silencio de la noche, casi inaudibles. Pero hacían el suficiente ruido tan cerca de ellos para que no oyesen el disparo de réplica entre los pinos. Sólo vieron el fogonazo.

Y simultáneamente, Sacha lanzó un gemido, y cayó sobre el volante.

—¡Sacha! —gritó Michel—. ¡Cuidado, controla el coche o…!

Afortunadamente para los perseguidores, la velocidad era mínima en aquel momento. De todos modos, cuando el coche salió de la carretera y chocó contra uno de los pinos, los tres hombres saltaron de sus asientos, golpeándose profusamente, aunque sin la menor consecuencia. Sacha quedó tendido completamente en el asiento delantero, y Roger quedó casi encima de él, muy cerca sus rostros. Oyó atrás el refunfuño de Michel, y regresó al asiento posterior.

—¿Está muerto Sacha? —gruñó.

—No lo sé. ¿Tienes la pist…?

Roger la había encontrado en el piso del coche, y la mostró. Los dos salieron rápidamente del coche, tirándose al suelo, temiendo ser blanco de los disparos del perseguido. Pero nada sucedió, no sufrieron agresión alguna. Se pusieron en pie, y se adentraron por el pequeño bosquecillo de pinos, cuyo límite se veía cerca del mar, formando un agreste acantilado.

—Por ahí no ha ido —gruñó Michel—, no creo que tenga alas. Vamos hacia la playa.

Giraron a la derecha, y echaron a correr. Casi en seguida llegaron al declive suave, lleno de pinos, por entre los cuales, abajo,

en la playa, se veía el *camping*, alegremente iluminado. Se detuvieron un instante, venteando igual que podencos en busca de la liebre. Llegó hasta ellos el rumor del mar deslizándose sobre la arena, y, muy dulcemente, la música de varias armónicas, formando un coro muy aceptable.

—Si va hacia el *camping* no lo encontraremos. Hay cientos de personas ahí, Roger.

—¡Maldita sea…! ¡Se nos va a escapar! Nos hemos confiado demasiado. Y no es fácil encontrar en la noche a un tipo cómo él vestido de oscuro… ¡Va a escapar!

—Ya verás cómo no. Lo encontraremos. Y con toda comodidad.

Michel dio la vuelta, y regresó corriendo hacia el coche, seguido de cerca por Roger. Cuando éste llegó, Michel había alzado ya el asiento posterior del auto, y sacaba dos máscaras antigás, de las cuales tendió una a su compañero.

—Póntela.

—¿Estás loco? —jadeó Roger—. ¡No es el momento ni lugar para esto, Michel…!

—¿Y qué quieres? ¿Que se nos escape? ¡No podemos permitir eso, con lo que ese hombre sabe…! ¡Ponte la máscara!

Se la colocaron los dos, y Michel sacó un fusil de cañón corto y grueso, también de aquel escondrijo bajo el asiento. Salió del coche, apuntó hacia el cielo, disparó. No se oyó nada…, pero casi en seguida se oyó el rumor de un motor potente. Y dos segundos después, en el cielo aparecía un pequeño helicóptero, elevándose rápidamente, cerca del acantilado lleno de pinos.

Michel y Roger echaron a correr de nuevo hacia allí, disparando sus pistolas, pero en vano. El helicóptero continuó elevándose, y virando hacia el mar. Los perseguidores comprendieron que todo era inútil, y se quitaron la máscara, maldiciendo.

—¡Por eso llegó a pie a la casa! —rugió Michel—. ¡El muy puerco había llegado en helicóptero hasta aquí, y recorrió el resto del camino a pie! ¡Y ahora se escapa!

—Tiene mucha resistencia —sonrió fríamente Roger—. Pero no irá muy lejos. Él no llevaba máscara cuando has disparado.

—Es cierto —acabó por sonreír Michel—. ¡Es cierto! Caerá en el mar, y nunca más se sabrá nada de él. ¡Al demonio!

—Volvamos con Le Fonté —dijo Roger.

Cuando regresaron hacia el coche, no se oía absolutamente nada a su alrededor, a excepción del mar. Ya no cantaban los grillos, ni tocaban la armónica en el *camping*, ni llegaban las risas esparcidas por la suave brisa.

El silencio era total.

Como si solamente ellos dos estuvieran vivos en aquel lugar.

Todos los ojos estaban fijos en el escenario, donde la soprano cantaba el pasaje correspondiente de *Aída*. Pero durante el entreacto, todos los ojos habían estado fijos en aquel palco ocupado por la más bella de las mujeres. Ahora se veía como una forma blanca, erguida en su asiento, con los gemelos en una mano, brillando tenuemente: más tenuemente, desde luego, que la dorada piel de sus hombros al descubierto. Unos hombros perfectos, exquisitos, maravillosos. Igual que la delicada garganta elegantísima y señorial, fina y bien curvada. Igual que toda ella.

Sí. Durante el entreacto, primero en el *hall* y luego en el palco, aquella mujer había sido el blanco de todas las miradas, como si sus azules ojos, tan grandes y llenos de luz, fuesen un irresistible imán para los ojos de los caballeros especialmente. Si en aquel momento se les hubiera preguntado a los caballeros qué preferían, si continuar viendo y oyendo la representación de *Aída*, o que se encendieran las luces para poder continuar contemplando a la bella joven, no cabía la menor duda respecto a la respuesta: ¡al diablo con *Aída*!

Dejó de cantar la soprano, y comenzaron a sonar pífanos, tambores y trompetas, en marcha apoteósica, respaldada por el aplauso del público.

Miky Grogan se inclinó hacia la hermosísima dama.

—Magnífico —elogió—. ¿No está de acuerdo, Brigitte?

—Ssst…

—¡Oh!, con este ruido infernal no nos oye nadie. Me gusta la ópera, pero no cuando empiezan a tocar tantos instrumentos a la vez. Es lo que más me fastidia de *Aída*.

—¡Chist! —exigieron detrás de Grogan, en el palco.

Grogan se volvió, frunció el ceño, y volvió a inclinarse hacia la sensacional dama.

—¿Qué se habrá creído ese bobo? —refunfuñó—. Es sólo el

crítico musical del *Moorning News*, y si está aquí es porque yo quiero. Ya veremos qué crítica hace esta vez de *Aída*.

—¿No puede callarse, Miky? —protestó Brigitte.

—Oiga… Estamos aquí con tres botarates que no pintan nada. Me pregunto por qué los ha invitado usted a su palco. Estaríamos mejor los dos solos…

—Ellos están aquí por lo mismo que usted: porque son amigos míos, compañeros del periódico. Y no podía consentir que fuesen a la platea teniendo yo mi palco. ¿Algo más?

—Al salir de aquí podríamos…

Un rectángulo de luz apareció brevemente por detrás de ellos, proveniente de la puerta del palco. La única que no volvió la cabeza para ver quién había entrado fue Brigitte, cuyo porte era señorial definitivamente. Sin embargo, sí volvió la cabeza cuando la persona que había entrado se colocó a su lado, inclinada, y susurró:

—Señorita…

—¡Peggy! —exclamó contenidamente Brigitte.

La fiel criada de la espía más fabulosa del mundo le tendió un papel doblado en tres pliegos, de color claro. Brigitte lo miró, y el corazón le dio un vuelvo al identificar un telegrama. Lo abrió rápidamente, y, ante la curiosidad de los amigos que compartían con ella su palco, colocó el telegrama de modo que diera en él la luz del escenario. Y pudo leer, con toda facilidad, el contenido:

> «Absolutamente urgentísima su presencia en Sacré-Coeur, de Antibes (Francia) *Stop*. Es una súplica *Stop*. Será debidamente indemnizada en todos sentidos *Stop*. Por favor *Stop*.
>
> »*Alfred Diderot.*»

Durante unos segundos, Brigitte Montfort, alias Baby, estuvo mirando el telegrama, con el ceño fruncido por la preocupación y el asombro. No conocía al tal Diderot, estaba segurísima de ello. Pero sí sabía que un nombre puede no significar nada. Volvió a leer el telegrama, se puso en pie, y se dispuso a abandonar el palco…

Mike Grogan la cogió de una mano.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Nada especial. Vuelvo en seguida.

—No olvide que vamos a ir luego a divertirnos un poco a la calle Cuarenta y Dos…

—No lo olvidaré.

Se soltó de Grogan, y salió del palco, muy discretamente, precedida por Peggy, que cerró la puerta del palco cuando Brigitte hubo salido.

—Lo siento, señorita, pero llegó como urgente especial…

—Tranquilízate. He asistido muchas veces a la representación de *Aída*. ¿El telegrama llegó por vía normal, o lo llevó a casa alguien ajeno a Telégrafos?

—Era el mismo empleado que algunas veces ha traído telegramas urgentes.

—Entiendo. ¿Alguna llamada telefónica, o por la radio, por parte de tío Charlie…?

—No, no… Sólo el telegrama. Me pareció que debía traérselo, pues sabía que hoy regresaría muy tarde a casa, señorita. Lamento…

—Has hecho muy bien, querida. Ve a casa, prepárame equipaje ligero, para ausencia corta, y llévamelo al aeropuerto. Yo voy directamente allí, a ver si consigo pasaje en algún vuelo nocturno para Europa.

—Sí, señorita. ¿Le llevo también el maletín?

Brigitte Montfort vaciló unos segundos. Por fin, asintió con la cabeza, musitando:

—Sí. Ya estoy muy escarmentada de acudir a tontas y a locas a citas como ésta. Date prisa. Y cuando Grogan o alguien te pregunte por mí, di que me he marchado, según mi costumbre, sin dar explicaciones.

—Eso no sorprenderá a nadie —sonrió Peggy.

—Señorita Montfort, la solicitan en Información de vuelos internacionales… Señorita Montfort, la solicitan en Información de vuelos internacionales…

La voz brotaba por los altavoces, pero era innecesario, puesto que la señorita Montfort estaba muy cerca, había visto a Peggy pedir que la llamaran. Llegó al mostrador, dio las gracias a la azafata de tierra por la llamada, y se encaró con Peggy, junto a la

cual había un mozo del aeropuerto, con las dos maletas, esperando. Las personas que ocupaban el vestíbulo estaban pendientes, en su mayoría, de aquella lindísima criatura que, en traje de noche, parecía dispuesta a emprender vuelo rumbo a Europa.

—¿Ningún mensaje en casa cuando llegaste? ¿Nada?

—Nada, señorita. ¿Consiguió pasaje?

—Desde luego. Tengo amigos en todas partes —sonrió la espía —. Mi avión sale dentro de veinte minutos, así que no dispongo de más tiempo. Vuelve a casa.

Tomó el maletín rojo con florecillas azules, sonrió a Peggy, y mostró al mozo el pasaje, a fin de que se ocupara de instalar el equipaje en el avión.

—Buen viaje, señorita —musitó Peggy.

Al mediodía siguiente, un taxi se detuvo delante e hospital del Sagrado Corazón, situado en Avenue Rossseau, en Antibes, al sur de Francia. El chófer se volvió hacia su pasajera, sonriendo.

—*Sacre Coeur, mademoiselle*.

—*Vraiment.*

—*Mais oui… Je ne connais pas d'autre, mademoiselle*.

—*Bien… Merci.*

Pagó el servicio con generosidad; esto es, con una sonrisa de lo más dulce, que dejó al chófer viendo flores y pajaritos en el cielo. Y el hombre se alegró muchísimo cuando supo que ella no iba a prescindir todavía de sus servicios al rogarle que la esperase.

—*Enchanté, mademoiselle! Toute la vie, s'il faut*…

Sonriendo, la señorita Montfort se apeó, llevando en la mano izquierda su maletín. Se quedó mirando el aspecto del hospital. Era pequeño, pero limpísimo, blanco muy aséptico; tenía un bonito jardín con pinos, parterres y muchas buganvillas antes de llegar a la corta escalinata que conducía a la entrada. Un agradable lugar si no era una trampa contra Baby.

Recorrió el camino mirando a todos lados, tensa, pensando que podía sacar su pistolita de su escondrijo en el muslo en menos de un segundo. Pero no ocurrió nada. Y cuando llegó al pequeño vestíbulo de recepción, estaba convencida de que allí sólo había enfermos médicos y enfermeras. Claro que… también había estado en un sitio así, aunque algo más sombrío, no hacía demasiado tiempo, y su

estancia en tal lugar, fui movida…

—Perdón —se inclinó sobre el mostrador, sonriendo a la enfermera de recepción—. Soy Brigitte Montfort. El doctor Diderot me citó aquí con urgencia.

—¿Diderot? No… No existe ningún doctor llamado así, señorita. ¿Está segura de que ése es el nombre?

—Segurísima: Alfred Diderot. Recibí un telegrama en…

—¿Señorita Montfort? —sonó una voz tras ella.

Brigitte se volvió, lentamente, y se quedó mirando al hombre que había hecho la pregunta. Alto, delgado y feo, con un presuntuoso bigotillo muy escaso… Pero sonreía muy amablemente, y casi resultaba simpático.

—Sí… Soy yo.

El hombre sonrió, la tomó de un brazo y la apartó del mostrador.

—Permítame… Soy Alfred Diderot, comisario jefe de la policía francesa en Antibes. A su disposición. ¿Tuvo buen viaje?

Brigitte parpadeó, asombrada, desconcertada.

—Regular solamente, señor Diderot. Tuve que volar anoche a Roma, de Roma a Niza esta mañana, en Niza tomé un taxi hasta Antibes, y en Antibes tome un taxi local rogándole que me trajera al Sacré-Coeur… Es mucho viajar en poco más de doce horas. Espero que haya valido la pena.

—Para nosotros, sí… Me refiero para la policía, *mademoiselle*. Tal como le advertía en el telegrama, será indemnizada de acuerdo a sus exigencias…

—Por ahora sólo tengo una exigencia, *monsieur le commissaire*: saber qué estoy haciendo en Antibes. De indemnizaciones hablaremos a su debido tiempo.

—*Mais oui*… Tenemos a un hombre en el cuarto 19, *mademoiselle*. Un hombre que nos gustaría mucho que usted viera.

—¿Un herido, quizá?

—Hum… No exactamente. Quiero decir que no presenta ninguna lesión visible. Nos gustaría saber si usted puede identificarle.

—¿Cuál es su nombre?

—Esa es la cuestión. Está indocumentado. Todo lo que lleva encima son cigarrillos, dinero, y una pistola automática, con

silenciador.

Brigitte se quedó mirando con fijeza al comisario. Al fin, sonrió, un tanto crispadamente.

—Vamos a ver a ese hombre —susurró.

—*Merci, mademoiselle*.

Señaló las escaleras, subieron al primer piso, y Diderot le señaló una puerta ante la cual había dos gendarmes. Uno de éstos abrió la puerta al comprender que Diderot quería entrar, lo cual hizo el policía tras cederle el paso a Brigitte. La habitación estaba en penumbra, pues las persianas habían sido cerradas casi totalmente. Al fondo, junto a la ventana, había una cama y Brigitte se acercó a ella. Diderot abrió la persiana, la habitación se llenó de luz. El rostro del hombre que ocupaba la cama pareció agrandarse ante los ojos de Brigitte, como llenándolo todo.

—Uno —gimió.

—¿Cómo dice, *mademoiselle*?

Se colocó junto a ella, mirándola, y quedó impresionadísimo al notar la intensa palidez en el bello rostro femenino. Parecía a punto de caer fulminada de un momento a otro. Pero con una rapidez que dejó estupefacto a Diderot, la visitante recobró no sólo el color sino la serenidad. Fue un cambio tan rápido que el policía se quedó sin habla, mientras ella se sentaba en un lado de la cama, lentamente, y se quedaba mirando a su ocupante. El hombre tenía los ojos abiertos, y parecía mirarla, pero no era seguro. Su rostro duro y anguloso, fuerte, de agresiva barbilla, no podía aparecer más inexpresivo. La sábana le cubría solamente desde el abdomen hacia abajo, y se veían sus hombros bronceados en un tono oscuro, como el rostro. Hombros anchos, duros, fuertes. Brigitte tomó una mano del hombre, buscando el pulso, y suspiró profundamente al encontrarlo, normal, fuerte, vigoroso. Luego, acarició una mejilla masculina, sonriendo al notar la aspereza de la barba.

—Uno —musitó en ruso—. Uno, amor mío, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Diderot parecía petrificado. Ni siquiera reaccionó cuando Brigitte se puso en pie, descubrió completamente el desnudo cuerpo del hospitalizado, y palpó su abdomen, las rodillas, los pies, los hombros y la cintura. Mientras tanto, el enfermo permaneció inmóvil. Tan inmóvil como un cadáver. Ella volvió a cubrirlo, y se

sentó de nuevo a su lado, tomándole de nuevo la mano que estaba yerta, como si fuese la de un muñeco desarticulado. Le asió con dos dedos la barbilla, ladeó el rostro sin encontrar la menor resistencia, y volvió a colocarlo hacia arriba, mirando hacia el techo.

Se inclinó más hacia él.

—Uno —siguió hablando en ruso—, ¿me has reconocido? No puedes hablar, pero hazme una seña si me has reconocido. Con los párpados… Mueve los párpados… ¿Me has reconocido? Yo te iré haciendo preguntas luego… Mueve los párpados, dime si me has reconocido…

Pero los párpados de Número Uno permanecieron inmóviles. Ni siquiera en sus ojos había la menor expresión. Brigitte se volvió hacia Alfred Diderot, quien se mordió los labios al ver el brillo de las lágrimas en tan bellísimos ojos.

—¿Qué pasó? —sonó tensa la voz de Brigitte.

—No lo sabemos… ¿Lo conoce?

—Desde luego.

—¿Es ruso?

—No.

—Me ha parecido que le hablaba en ruso…

—Sólo para que usted no nos entendiera, *monsieur*.

—Ah… Bien… ¿Puede decirme quién es?

—Antes quiero saber qué ha pasado.

La suave firmeza de aquella voz convenció a Diderot de que no tenía opción: o complacía a la señorita Montfort, o ella no le diría absolutamente nada.

—Fue encontrado ayer, hacia el mediodía, en una playa cercana. Estaba dentro de un helicóptero, que se había quedado tumbado. Al principio se pensó en un accidente. Luego, se comprobó que estaba en las mismas condiciones que la mayor parte de los ocupantes del *camping*.

—¿Qué *camping*?

—Uno que hay cerca de aquí. Camping La Papillon. Anteanoche, casi de madrugada, unos jóvenes vinieron a decirnos que algo horrible había sucedido allí. Ellos habían estado divirtiéndose en Antibes. Cuando regresaron, todas las personas que se habían quedado en el *camping* estaban como esté hombre. Parecían muertas. Eran tantas, que se instaló en el mismo *camping* un

hospital de emergencia. Hay allí muchos médicos estudiando los casos. Fueron llamados varios médicos a París. Están intentando comprender qué ha ocurrido. El *camping* parecía un cementerio. Todos sus ocupantes habían quedado como fulminados en un momento dado. Grupos que bebían, parejas dentro de las tiendas, algunos que se estaban dando un baño a la luz de la luna… y que perecieron ahogados. Se encontró todo como si la vida se hubiera detenido de golpe. Tocadiscos en marcha, televisores a pilas funcionando, café vertido, bocadillos a medio comer, muchachos tocando la guitarra y la armónica… Otros caídos en el suelo, en el centro de un círculo, y que evidentemente habían estado bailando… Como fulminados.

—¿Pero todos están vivos?

—Excepto los que estaban nadando, que se ahogaron. Aún están buscando más cadáveres en el mar. En cuanto a este hombre, como ya le he dicho, fue encontrado dentro de un helicóptero, y traído aquí. No se le encontró documentación de ninguna clase. Tampoco en el helicóptero… Calculamos que, así como las personas del *camping* cayeron como fulminadas, él tuvo tiempo de darse cuenta de que algo le estaba sucediendo, e intentó aterrizar, consiguiéndolo a medias… El doctor Ficheron asegura que es un hombre de una potencia fuera de lo común, absolutamente extraordinaria, y que seguramente fue eso lo que le salvó de estrellarse.

—Entiendo… Pero, en resumen, ¿qué tiene?, ¿qué le ocurre?

—Parálisis.

—¿Parálisis? Oh, vamos, señor Diderot… ¿Pretende decirme que este hombre y todos los ocupantes del *camping* quedaron paralíticos a la vez?

—No hay otra explicación, lo siento: parálisis muscular total.

—Eso significa que las funciones vitales continúan.

—Evidentemente.

—Y por lo tanto, mi amigo nos está oyendo.

—Así opina el doctor Ficheron. Pero nadie sabe cómo conseguir que mueva un solo músculo. Ya ha visto usted su completa inmovilidad… Es horrible.

Brigitte quedó pensativa antes de murmurar:

—¿Por qué me avisaron a mí? ¿Cómo supieron de mi existencia?

Diderot sacó cuidadosamente un papel del bolsillo, y lo tendió a Brigitte, que se apresuró a leer su contenido, escrito con letra torpe, desigual, pero que al principio aún conservaba los rasgos inconfundibles de la de Número Uno. En el papel ponía:

Brigitte Montfort
Crystal Building
New Yo

—Me avisaron después de instalarlo aquí —dijo Diderot—. Lo habían desnudado para examinarlo adecuadamente en busca de heridas, pero fui yo quien reparó en que su mano derecha estaba cerrada. No me costó nada abrirla, y encontré este papel en ella. Naturalmente, el leer New Yo, comprendí que Yo era York. Y le envié el telegrama en cuanto me fue posible ocuparme de ello.

Brigitte asintió con la cabeza, señalando a Número Uno.

—Entonces, él lleva así, que usted sepa, no menos de veinticuatro horas.

—En efecto.

—¿Hay peligro de muerte?

—No se sabe. Pero, obviamente, si la parálisis persiste, morirán todos los afectados. Comprenderá que tenía que llamarla, señorita Montfort, pues usted es toda la pista que tenemos.

—¿Yo? Lamento decirle que no sé nada al respecto, señor Diderot.

—Entonces, ¿por qué este hombre escribió su nombre?

Brigitte miró casi irónicamente al policía francés. ¿Acaso podía esperar una respuesta verídica? Naturalmente, Número Uno se las había arreglado para que ella entrase en conocimiento de lo que le ocurría, e hiciera cuantas investigaciones fueran necesarias. Pero de ahí a sincerarse con Alfred Diderot había un abismo.

—Entiendo —dijo al fin— que hay en Suiza un eminente neurólogo de fama universal, señor Diderot. Me estoy refiriendo al doctor Ludwig Tafferwer.

—Oh, sí… Por supuesto, es conocido en el mundo entero… Tiene su residencia en Berna, claro.

—¿Será tan amable de enviarle un telegrama solicitando su presencia aquí?

—No sé si será el especialista adecuado… Han venido los mejores médicos de Francia, y no han encontrado hasta ahora la causa de esta parálisis…

—Precisamente por eso quiero que venga el doctor Tafferwer.

—Bien… Se puede intentar. Aunque usted sabe que él no suele viajar. Y cuando lo hace, tengo entendido que cobra no menos de cincuenta mil dólares…

—Ofrézcale un millón.

—¿Un qué?

—Un millón.

—¿De dólares? —gritó Diderot.

—Por supuesto.

Alfred Diderot quedó como si hubiera recibido un mazazo en plena cabeza, tambaleándose incluso.

—*Mon Dieu*… —jadeó al fin—. ¡El doctor Tafferwer estará loco si no viene volando a Antibes…!

—Asegúrele que no es ninguna broma lo del millón de dólares. Lo podrá cobrar por anticipado, si así lo desea, precisamente en un Banco de su país, a su comodidad. Ponga un telegrama bien claro y extenso, señor Diderot.

—Bien… Lo haré, desde luego. ¿Se va a gastar ese dinero por este hombre?

Un relámpago pasó por los ojos azules.

—Si el doctor Tafferwer encuentra la causa de la parálisis, *monsieur le commissaire*, no será sólo mi amigo el beneficiado, sino todas las personas afectadas por esta extraña parálisis. Pero sepa que aunque sólo fuera para salvarlo a él, gastaría, no un millón de dólares, sino todo lo que tengo, incluyendo lo que me dieran por la ropa que llevo puesta. No sé si me entiende, *monsieur*.

—La entiendo muy bien —susurró Diderot—. Y a todo esto, *mademoiselle*, aún no me ha dicho quién es este hombre.

—Voy a salir a poner un telegrama y a hacer una llamada telefónica a París. Hasta luego, señor Diderot.

—¡Cómo! ¿Piensa que voy a dejarla marchar? ¡Usted…!

—Va a dejarme marchar por dos motivos, *monsieur* —sonrió la espía de un modo que dejó helado a Diderot—. Uno, qué no podría impedírmelo de ninguna manera. Dos, que si usted no colabora conmigo, yo no colaboraré con usted. Y le aseguro que me necesita

más usted a mí que yo a usted. ¿Qué contesta?

—Bien —refunfuñó Diderot—. No sé. Usted parece muy segura de sí misma, *mademoiselle* Montfort…

—Y estoy dispuesta a ayudarle…, bajo mis condiciones.

—No tengo nada que perder realmente…

—Estaré fuera muy poco tiempo. El indispensable para despedir al taxi… Dejaré mi equipaje en el vestíbulo, y luego lo traeré yo misma…

—Puedo enviar a uno de los gendarmes que…

—¡No! Esos dos hombres permanecerán ante la puerta en todo momento, sin pretexto alguno. Quiero a dos hombres ahí fuera vigilando en todo momento, *monsieur*. En cuanto a las personas que pueden entrar en este cuarto, adviértales que seremos solamente usted y yo. Nadie más, a excepción del doctor Tafferwer cuando llegue. Absolutamente nadie más, ni siquiera médicos o personal cualquiera de este hospital. Y digo *nadie más*, señor Diderot. En cuanto al doctor Tafferwer, para entrar aquí será cuando yo lo haya identificado a mi satisfacción. ¿Está claro?

—Parece que está usted acostumbrada a dar órdenes.

—En efecto, cuando es necesario.

—Está bien… Se hará como usted dice.

Brigitte asintió con la cabeza, y se inclinó sobre Número Uno, sonriéndole dulcemente.

—Uno —musitó—, supongo que lo has oído todo. Queda tranquilo, que yo acabaré tu trabajo, lo sabes muy bien. Volveré cuanto antes.

Le dio un beso en la boca, muy suave y breve, y ya, sin mirar a Diderot, abandonó el cuarto. Tenía que poner un telegrama a Villa Tartaruga, en La Valetta, isla de Malta. Y luego, llamar a París a cierto caballero que le debía demasiados favores para negarle nada…

Capítulo II

Hacia las seis de la tarde, uno de los gendarmes de vigilancia en el pasillo, entró en el cuarto, miró a la bella muchacha que llevaba varias horas sentada junto a la cabecera del lecho, como dispuesta a pasarse allí toda la vida, y se dirigió hacia el comisario jefe Alfred Diderot, que, sentado junto a la ventana, lo miraba expectante. El gendarme susurró unas palabras en su oído, y Diderot asintió con la cabeza, mirando a Brigitte.

—Hay afuera un caballero recién llegado de París, según dice, que quiere hablar con usted.

—Iré al jardín a pasear con él.

—Está bien.

Brigitte salió del cuarto, tras dirigir una rápida mirada al paralizado Número Uno, que no había experimentado el menor cambio. Cuando ella hubo salido del cuarto, Diderot entreabrió la puerta, para echar un vistazo al pasillo. Vio a Brigitte de espaldas, y, ante ella, a un hombre que, en aquel momento, se inclinaba para besar su mano. Al erguirse, pudo verle bien: no era muy alto, ni siquiera fuerte. Delgado, correctísimo en el vestir, edad madura, ojos inteligentes y penetrantes, porte elegante… Lo que más destacaba en él, sin embargo, era su gran nariz. Una nariz auténticamente pasmosa: grande, larga, sólida.

Los estuvo mirando mientras pudo. Luego, salió al pasillo, y se acercó a una de las ventanas que daban a la parte de atrás del hospital del Sacré-Coeur. Efectivamente, apenas dos minutos después la señorita Montfort y el desconocido aparecían en aquella parte del jardín, en la cual había algunos enfermos convalecientes, tomando el sol. Ellos dos ocuparon un banco apartado, y estuvieron conversando apaciblemente durante cinco o seis minutos tan sólo. Es decir, quien hablaba era la señorita Montfort. Su visitante narigudo se limitaba a asentir con la cabeza de vez en cuando. Por

fin, los dos se pusieron en pie, y regresaron hacia el edificio.

Alfred Diderot comprendió que iban a subir, y regresó, muy intrigado, al cuarto donde reposaba el hombre paralizado.

Efectivamente, un par de minutos más tarde, la puerta se abrió. Entró la señorita Montfort, seguida del narigudo personaje, que se acercó en silencio a la cama, miró al atleta inmóvil, y dirigió una maliciosa mirada a Brigitte. Por fin, se encaró con Diderot, tendiendo su diestra.

—¿Cómo está, señor comisario? —se interesó.

—Bien. Muy bien, gracias… ¿Quién es usted?

El narigudo sacó una tarjeta de color azul pálido, que colocó ante los atónitos ojos del comisario.

—Esta es una tarjeta que, generalmente, no sale de los archivos, *monsieur le commissaire* —murmuró el narigudo—. Pero la señorita Montfort me rogó que le convenciera a usted en el acto de que debe colaborar.

Diderot estaba un poco pálido, y un mucho desconcertado.

—Desde luego, señor —murmuró—. Pero no comprendo…

—¿No comprende?

—Bien, quiero decir que… Por supuesto, sé que su tarjeta corresponde a un alto jefe de nuestro Deuxième Bureau, pero… Lo que no comprendo, *monsieur*, es qué tiene que ver el Deuxième Bureau con el asunto que nos ocupa…

—Recibirá explicaciones a su debido tiempo, señor Diderot. Mientras tanto, le ruego que se ponga a disposición de la señorita Montfort.

—¿Yo? ¿Yo a disposición de ella?

—Para lo que la señorita Montfort guste mandar. Evidentemente, puede usted negarse… En cuyo caso, me hará perder dos horas solicitando la orden a París, directamente a nuestro presidente. ¿Será necesario eso, *monsieur le commissaire*?

—No, no, no…

—En tal caso, la señorita Montfort va a darle unas instrucciones que le agradeceré cumpla usted al pie de la letra.

—Sí, desde luego… —se volvió—. A sus órdenes, señorita Montfort.

—Muchas gracias. Pero salgamos de aquí, señor Diderot: tendrá usted que salir del hospital, y preparar muchas cosas en muy poco

tiempo. Y quiero que sepa que le estoy muy agradecida por sus atenciones y la amabilidad de su comportamiento conmigo.

Alfred Diderot se encontró de pronto sonriendo como un tonto.

—Es un placer… ¡Es un placer, de veras!

La propia Brigitte abrió la puerta, mirando a Diderot, quien de pronto perdió la sonrisa, fija su mirada en la entrada al cuarto. La espía volvió la mirada hacia allí, y entornó los ojos al ver al hombre que estaba conversando con los gendarmes de vigilancia.

—¿Doctor Tafferwer? —susurró.

—Sí —asintió el hombre—. Estaba explicando a estos señores que recibí…

—Ha sido muy amable en venir. Pase, por favor.

El recién llegado entró en el cuarto, dirigiendo inmediatamente la mirada hacia la cama. Dio un paso hacia allí, pero una manita de Brigitte se apoyó en su pecho, suavemente.

—¿Me permite su documentación, doctor? —pidió con dulzura.

—Oh, sí… Sí, desde luego…

Sacó la billetera, que entregó completa a Brigitte. Ésta la abrió, examinó unos cuantos papeles colocándolos incluso al trasluz, y los volvió, sonriendo inexpresivamente.

—Lo del millón de dólares no es ninguna broma, doctor —murmuró—. Puedo extenderle ahora mismo un cheque si lo desea.

—Hablaremos luego de eso. ¿Puedo examinar al enfermo?

—Se lo ruego.

Ludwig Tafferwer se acercó a la cama, dejó el maletín a los pies, y se inclinó sobre Número Uno. Le movió ambos brazos, alzó sus párpados, estiró sus labios… Lo destapó completamente, mirando de reojo a Brigitte, como abochornado, pero ella permaneció impasible, mirándolo a él, no al enfermo. Una mirada fija, directa, que solamente el hombre de la gran nariz comprendió.

Con una aguja, el médico suizo pinchó las plantas de los pies y las palmas de las manos de Número Uno. Luego lo hizo en las rodillas, y en los codos. Le tomó el pulso. Volvió a mirar sus pupilas… A medida que transcurrían los minutos y el doctor Tafferwer iba utilizando el escaso repertorio de pequeños aparatos que llevaba en su negro maletín, la expresión de perplejidad iba aumentando en su rostro. Hizo cerrar las persianas, y apagar la luz. Encendió una pequeña linterna, cuya luz dirigió a los ojos del

paciente, moviéndola arriba, abajo, a derecha e izquierda… Volvió a abrir las persianas. Pinchó con una lanceta en una muñeca a Número Uno, y se quedó contemplando la sangre que brotó en el acto. Auscultó su pecho, palpó la poderosa musculatura…

Había transcurrido una hora en el más completo silencio cuando el doctor Tafferwer se volvió hacia Brigitte, entre estupefacto y desalentado.

—Lo lamento —musitó—. No puedo hacer ningún diagnóstico.

—¿Quiere decir que no puede curarlo? —se tensó la voz de Brigitte.

—Bien… Para curar algo, hay que saber primero qué es lo que hay que curar… Y en este caso, no tengo la menor idea. Evidentemente, este hombre sufre una parálisis muscular completa, pero… no sé nada más.

—¿Nunca antes vio un caso semejante?

—Nunca.

—¿Y no tiene ninguna… teoría al respecto de su estado?

—No aparte de lo que he dicho: parálisis muscular. Todo lo demás sigue funcionando bien. Admirablemente bien, en realidad. Digamos que este hombre está sometido a un… a una especie de relax absoluto, debido, precisamente, a que su musculatura está inerte. Por otra parte, ello trae consigo un relajamiento nervioso que es muy beneficioso… Me refiero, en líneas generales, claro. Digamos que está sometido a un descanso absoluto, formidable.

—Pero no puede moverse.

—No.

—¿Y ese estado es… definitivo…?

—Lo ignoro. Estoy completamente desconcertado, la verdad. Me gustaría hacerle un reconocimiento más a fondo, con aparatos y electrogramas adecuados… No quiero darle ninguna esperanza, pero, si la hay, sólo podré encontrarla examinando a este hombre en mi clínica. Allí tengo lo adecuado para realizar un examen completísimo.

—Entendido… ¿Eso quiere decir que él puede ser movido?

—No veo peligro alguno en ello.

—¿Y él nos está oyendo?

—Aseguraría que sí.

Brigitte permaneció silenciosa unos segundos. Por fin, murmuró:

—¿Tiene inconveniente en esperar afuera unos minutos, doctor?

—No, desde luego.

—Gracias.

Le abrió la puerta, y el médico salió. La cerró, y se encaró con el narigudo y Diderot, que la miraban expectantes.

—Muy bien, caballeros: impartiré unas instrucciones, y espero de ustedes que las cumplan con su mayor esmero. En primer lugar…

Estuvo hablando durante cinco minutos, rápidamente, con una precisión que al principio escalofrió a Diderot. Cuando ella terminó de hablar, preguntó si la habían entendido, le dijeron que sí, y, sin más explicaciones, los dejó a los dos con el enfermo. Cuando la puerta se hubo cerrado tras ella, Diderot lanzó un largo y profundo suspiro.

—*Mon Dieu*… ¿Quién es esa mujer, *monsieur*?

—Una vieja amiga que… ¿De qué se ríe, *monsieur le commissaire*?

—Perdóneme… Me ha hecho usted gracia… ¡Yo creo que la señorita Montfort no tiene nada de vieja!

—Según como se mire, *mon ami* —susurró el narigudo, muy seriamente—. Según como se mire.

—¿Perdón? No comprendo…

—No importa eso. Será mejor que nos ocupemos en hacer lo que ella nos ha pedido. Sí… Será mucho mejor.

Poco después de las nueve de la noche; la ambulancia quedaba cargada con la camilla, que, ante una muy discreta expectación a lo francés, fue cargada delante de la puerta principal, por dos fornidos enfermeros. Antes de ser cerradas sus puertas, el doctor Tafferwer subió al vehículo. Uno de los enfermeros se colocó al volante de la ambulancia, junto a la cual estaban el narigudo, Diderot, y la señorita Montfort…

Dentro de un auto estacionado cerca del hospital del Sacré-Coeur, Michel se volvió hacia Roger, y musitó:

—Se lo llevan.

—¿Cómo sabes que es él? No lo hemos visto, desde aquí.

—¿Qué es lo que quieres? ¿Ir allá y mirarlo de cerca? ¡Sólo puede ser él! Ahí tienes a *monsieur le commissaire*, que con sus malditos gendarmes y agentes de paisano ha estado vigilando

continuamente que nadie se acercase a ese Número Uno de los demonios… Y con él está la chica que él recibió esta mañana en el vestíbulo del hospital… ¿Y qué me dices de los gendarmes? No quitaron ojo a la ambulancia… ¿Quién sino Número Uno puede ser el sujeto de la camilla?

—Supongo que tienes razón. ¿Quién será la chica? Es una preciosidad, una maravilla…

—Quizá sea la mujer de Número Uno, o su novia…, o algo por el estilo. No se puede negar que es muy bonita, pero él, como hombre, no es precisamente un adefesio…

—¡Ahora sí! —rió Roger—. ¡Ahora no es más que un esperpento de carne y hueso! Claro que yo, en su lugar, si me cuidase una chica como ésa, era capaz de resucitar…

—¿Y quién debe ser el tipo de la narizota? Parece un buitre esperando la carroña.

—Pues la tendrá pronto. Veamos qué hacen todos ellos, y nosotros haremos lo que convenga. Aunque de todos modos, tenemos que saber adónde se dirige esa ambulancia.

—No creo que eso sea problema… Atención: ¿qué pasa ahora?

Dedicaron su máxima atención al patio del hospital, perfectamente visible desde la calle a través de las verjas de hierro. Hacía unos segundos que se había detenido un taxi cerca de la entrada, y una mujer muy gorda, gordísima, y de buena estatura, pareció salir rodando de él, dirigiéndose presurosamente hacia la escalinata, hasta que pareció reparar en la lindísima jovencita de los ojos azules, y entonces se desvió hacia ella, con los brazos en alto, para caer en los de la hermosísima, que la abrazó cariñosamente.

—Me gustaría saber quién es esa ballena —rió Michel.

—Calma, *mamma* María, calma… Él está vivo, y eso es lo que importa, por ahora… —decía.

—*Santissima Madonna!* — clamó la obesa mujerona—. ¡Pobre *signore*, tan bueno, tan guapo y cariñoso…! ¡Pobre *signore*…! ¡Qué desgracia, *madonna*, qué desgracia…!

La mujer parecía a punto de romperse en mil pedazos, mientras las lágrimas caían a raudales por su lustroso rostro, cayendo sobre el descomunal seno. Era verdaderamente patético su desconsuelo.

—Bueno, bueno, *mamma* María… Está bien… Está bien ya… El *signore* se pondrá bien, volverá con usted. Tranquilícese. Yo se lo

prometo.

—¡Con lo bueno que era…! ¡Y a usted la quiere tanto, tanto…!

—Por favor —sonrió ya crispadamente Brigitte—. Es suficiente, *mamma* María… *Per favore*.

—Sí… Sí, sí… *Escusi, signorina, escusi*. Ha sido siempre tan bueno conmigo… Ocho… Ocho bambinos tengo, en Roma, y todos estudiando para ser grandes hombres, gracias a él… *Santissima Madonna…*, ¿por qué no me habrá pasado eso a mí y no a él?

—*Va bene…, va bene, mamma* María… Ahora nos vamos. He alquilado una villa para él, y tendrá el mejor médico del mundo siempre a su lado. Pero no llame más la atención. Ya sabe: pueden estar vigilándonos, pues el *signore* y yo somos espías… ¿Recuerda?

—*¡Santissima Madonna…!*

—Vamos al coche. Saldremos inmediatamente hacia la villa que he alquilado.

—Sí, *andiamo*…

Brigitte la retuvo por un brazo, sonriendo.

—He dicho al coche, no a la ambulancia, *mamma* María. También he alquilado un coche, e iremos en él. El doctor irá con el *signore. Va bene?*

—Pero yo quisiera…

—Yo también quisiera, pero no puede ser. Tendremos mucho tiempo para dedicarle nuestros cuidados en la villa. Ahora, por favor, vamos al coche y seguiremos a la ambulancia…

—Qué barbaridad —rió Michel—. ¡Jamás he visto llorar a nadie con tal abundancia! ¿Quién será ésa?

—No nos importa… Y atención: sale la ambulancia. Vamos a seguirla vaya adónde vaya. Y cuidado, que detrás va el coche con la bella y la ballena.

Capítulo III

Finalmente, la ambulancia, y el auto en el que iban las dos mujeres, entraron en una gran villa situada al sur de Antibes, casi más cerca de Jean-les-Pins que de aquélla. La bella que había ido conduciendo el auto fue quien abrió las verjas, dejó pasar a la ambulancia, y regresó al volante de su auto, entró en el gran jardín, se apeó de nuevo para cerrar las verjas, y continuaron hacia la casa, por el corto y enarenado sendero.

Dentro de su coche, Michel y Roger se quedaron cerca de la villa, mirando hacia la casa, en la que parecía no haber nadie. Todas las luces estaban apagadas… Pero muy pronto sé encendieron un par de ellas, en la planta, y, afuera, el par de farolillos de la verja.

—Estamos en Boulevard du Cap —gruñó Michel.

—Y en el número 66 —señaló Roger hacia la entrada—. Menos mal que no han escogido un lugar concurrido. Todo será mucho más fácil. Esa preciosa chica va a lamentar haber querido aislar a su novio o lo que sea… Habría estado mejor protegido en el hospital.

—Pero ella no debe saber que alguien quiere matarlo. Y ha querido que su amor estuviese sin vecinos enfermos, tranquilo, cuidado como un rey… El sujeto que ha hecho el camino en la ambulancia debe ser un médico.

—Seguramente. Voy a intentar echar un vistazo más de cerca.

—*Tres bien.*

Roger se apeó del coche, y se acercó a la villa indirectamente, eludiendo cualquier posibilidad de ser visto.

Regresó cinco minutos más tarde, sentándose de nuevo junto a su compinche.

—He visto cómo sacaban la camilla y la entraban en la casa.

—Deben haberlo subido allí —Michel señaló hacia una ventana del piso alto—. Hace un par de minutos que se encendió la luz de la

ventana.

—Pues ya sabemos dónde buscar a tan peligroso sujeto. Fue un error pretender que él colaborase con nosotros.

—Su fama es muy grande…, y ya pudimos darnos cuenta de que, como bien has dicho, es peligroso. No ahora, claro… Y por eso hay que aprovechar la ocasión. Mientras has estado por ahí he llamado al jefe por la radio, diciéndole dónde estamos, y que seguramente vamos a liquidar el asunto esta misma noche.

—Bien. ¿Alguna novedad sobre Sacha?

—Ninguna. La herida que recibió no tiene ya peligro alguno.

—Pero si continúa paralítico quizá muera… Debimos pensar en él antes de disparar el Inmovix, y ponerle una careta antigás.

—Ya no tiene remedio. Estábamos tan nerviosos pensando que el tal Número Uno se iba a escapar después de herir a Sacha que no podíamos pensar en todo… ¡Atención, sale un coche de la villa!

—Es la ambulancia…

Se quedaron silenciosos, mirando hacia las verjas. El vehículo que se detuvo ante ellas, era, efectivamente, la ambulancia. Nadie salió de ella. Pero un minuto más tarde, llegaron dos personas, a pie, conversando, y quedaron ante las verjas, a un lado de las luces de la ambulancia.

—Es la bella… Y está con el hombre que acompañó a Número Uno dentro de la ambulancia. ¿De qué hablarán?

—Pues si ese tipo es el médico, como suponemos, sólo pueden estar hablando de una cosa: del enfermo. Apuesto a que el médico se va, hasta mañana. Debe tener muchas cosas en qué pensar esta noche, y muchos libros que estudiar si quiere encontrar algún remedio a esa parálisis.

Los dos se echaron a reír, quedamente. A los pocos segundos, el hombre que conversaba con la bella tendió la mano a ésta, y subió a la ambulancia. La bella abrió las verjas, dejando salir el vehículo. Las cerró en seguida, y regresó hacia la casa. En pocos segundos, la ambulancia se perdió de vista, camino de regreso a Antibes.

—Bien —se frotó las manos Michel—. Según entiendo, en la casa quedan solamente la bella y la ballena. Va a ser fácil. ¿Lo haces tú o lo hago yo?

—Iré yo, por si hay que escalar la ventana. Soy más ágil que tú —sonrió Roger—. ¿Mato también a las mujeres?

—No creo que sea necesario, pero es cosa tuya. Cuanto más discretamente se hagan las cosas, mejor. Y además, el único que interesa es Número Uno.

—De acuerdo —Roger sacó la pistola, quitó el silenciador y el cargador, examinó ambas piezas, y las volvió a colocar, cuidadosamente; se dispuso a salir del auto—. Tú espera aquí tranquilamente. Puede que tarde un buen rato, puesto que no queremos matar a las mujeres.

—He dicho que no mates, si no es necesario. Tú verás.

—Decidiré sobre el terreno. Hasta luego.

Salió del coche, y volvió hacia la villa; no le costó ningún esfuerzo saltar las verjas y caer al jardín. Se acercó a la casa, en la cual había luz en la planta baja y en el piso superior. Abajo, dos ventanas iluminadas. Arriba, solamente una, de modo que era fácil saber en qué dormitorio había sido instalado Número Uno. Se acercó más, y examinó las posibilidades de escalar el balcón de aquel dormitorio. Al fin, sonrió, casi divertido: no podían haberle puesto las cosas más a su gusto y comodidad. Sólo tenía que esperar el momento oportuno.

Casi una hora más tarde, la luz de aquel dormitorio se apagó. Y segundos después se iluminó la ventana del dormitorio vecino, al parecer; y casi en el acto, otra ventana, más allá. La mente de Roger iba trabajando como una maquinaria perfecta: las dos mujeres habían estado con Número Uno, y finalmente, puesto que el médico debía haberles dicho que no se podía hacer nada por el enfermo, se habían retirado a descansar, cada una a un dormitorio. La luz de la ventana más alejada se apagó casi en seguida. La otra tardó casi veinte minutos. Por fin, la casa quedó de nuevo completamente a oscuras.

Muy poco tardó Roger en ponerse en movimiento. Llegó a la pared, probó a hundir los dedos en las anchas ranuras de las losas de la fachada, y, satisfecho, inició la ascensión con toda facilidad. En menos de quince segundos estuvo en el balcón.

Empujó la doble puerta, cautamente, y volvió a sonreír de aquel modo torcido cuando las dos cedieron. Sacó la pistola, entró, y se colocó a un lado. La luz de la luna formaba un lívido rectángulo en el suelo, cerca de la cama. A los pocos segundos, comenzó a distinguir el bulto que había en ésta.

Entonces, adelantó algunos pasos, alzó la pistola, apuntó a la cabeza, y apretó el gatillo de la pistola…

Plop, plop, plop.

Los fogonazos brillaron como cortos relámpagos de color anaranjado en la oscuridad del dormitorio.

Luego, Roger se acercó a la cama, de nuevo sonriendo cruelmente, y se inclinó, para comprobar su buena puntería, al mismo tiempo que colocaba la mano izquierda sobre el corazón del enfermo… Es decir, donde debía haber estado el corazón. Pero no había corazón. Ni siquiera había enfermo… Su mano se hundió en algo blando, al mismo tiempo que ya acostumbrado a la oscuridad, veía el pequeño cojín oscuro ocupando el lugar de la cabeza de Número Uno. Dio un tirón a la sábana, dejando al descubierto el «cuerpo» que era solamente un par de mantas bien colocadas.

Con una exclamación de estupor a punto de brotar de su garganta, Roger se irguió vivamente, mirando a todos lados. El silencio era absoluto, inquietante.

Por fin, prietos los labios en una dura mueca de ira, Roger se dirigió hacia la puerta del dormitorio. Salió al pasillo, y vio la blanca escalinata que descendía hacia el vestíbulo, donde la luz de la luna también ponía rectángulos en el suelo, entrando por las dos ventanas que había a los lados de la puerta.

Tenía suficiente luz para lo que quería hacer. Abrió la puerta más cercana a la del dormitorio de Número Uno, entró, dio la luz, y apuntó la pistola rápidamente hacia la cama…, donde un bulto también hecho con mantas, y, en lugar de la cabeza de una mujer, una rosa roja.

Esta vez, Roger no pudo contener la exclamación de ira y de espanto a la vez. Salió del dormitorio, fue al otro, entró también y encendió la luz… En efecto, en la cama había solamente un gran bulto hecho con más mantas.

Desencajado el rostro por la decepción y la ira, Roger salió velozmente del tercer dormitorio, y se lanzó escaleras abajo. Llegó a la puerta de la casa, la abrió bruscamente y salió al pórtico dispuesto a disparar contra cualquier sombra que se moviera. Pero la noche estaba en calma. No soplaba ni la más ligera brisa que pudiera mover siquiera los arbustos de flores: petunias, rosas, buganvillas… Su aroma llegaba indistintamente al olfato de Roger.

Y eso era todo. Aparte del canto de algunos grillos por entre los arbustos. Chiríiii… Chiríiii… Chiríiii…

Roger tragó saliva con dificultad, como si ésta se hubiera convertido de pronto en caucho tierno. Miró a todos lados, vaciló, y, de pronto, echó a correr hacia las verjas, por entre los pinos y arbustos. Las saltó rápidamente, cruzó el bulevar, y, siempre corriendo, se dirigió hacia el coche donde le estaba esperando Michel. Estaba muy cerca de él cuando vio a su compañero, sentado ante el volante. Llegó, entró en el coche, y miró con expresión furiosa, desorbitados los ojos, a Michel, que permanecía inmóvil.

—¡No hay nadie en la casa! —casi gritó—. ¡Ha sido una trampa que…! ¡Michel!

Lo tocó en un brazo, y Michel se fue de lado contra la portezuela; su cabeza cayó entonces, flojamente, y el peso arrastró el torso hacia delante, hasta caer de bruces sobre el volante.

—Está muerto —dijo una voz detrás de Roger—. Y usted lo estará en seguida si no coloca sus manos en la nuca.

Era una voz femenina, pero tan fría, tan helada, que Roger sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, como si fuese un latigazo de hielo.

—Voy a dispararle a la nuca si no hace lo que le he dicho.

Roger dejó caer la pistola al piso del coche, junto a sus pies, y colocó las manos en la nuca.

—¿Quién es usted? —jadeó.

—Una amiga de Número Uno. Una muy buena amiga, *monsieur*… ¿Cuál es su nombre?

—Roger…

—Pues bien, Roger: usted y yo vamos a ser buenos amigos o malos enemigos, según prefiera. Si llego a la conclusión de que podemos ser buenos amigos, lo entregaré a la policía francesa… Pero no crea que eso es malo, si lo comparamos con lo que le haré si llego a pensar que tenemos que ser malos enemigos. ¿Me ha entendido?

—Sí.

—*Okay*, Roger: ¿a quién tengo que ver para que me diga qué le ocurre a Número Uno, y el modo de curarlo de su parálisis?

Roger permaneció en silencio, Y tras él también era todo silencio. Ni siquiera podía oír la respiración de la mujer que tenía a la espalda. Si la oyera… Si le diera la menor oportunidad para

atacarla, le iba a demostrar que…

Recibió tal golpe, en la cabeza, de pronto, que lanzó un alarido, más de espanto que de dolor. Fue un trastazo tan tremendo que salió disparado de cara contra el cristal del parabrisas, rebotó, y volvió a quedar sentado. Una mano le sujetó por el cuello de la chaqueta, inmovilizándolo contra el asiento. Roger comenzó a notar el deslizarse de la sangre por la brecha abierta en la parte posterior de la cabeza. Y, por entre zumbidos y luces de colores que parecían llenar su cerebro, oyó de nuevo aquella gélida voz femenina:

—Le aconsejo que conteste a mi pregunta, Roger. ¿A quién tengo que ver para saber lo que está pasando?

—No lo sé —jadeó—. ¡No lo…!

La pistola le golpeó de nuevo, pero esta vez en un lado de la cabeza, justo sobre la oreja. Fue tal la impresión recibida que Roger estuvo a punto de desvanecerse, pero aquella mano siguió sujetándole por el cuello de la chaqueta, obligándole a permanecer erguido en el asiento.

—No sea terco, Roger: he hecho hablar a hombres mucho más fuertes que usted. ¿Va a contestar?

—No…, no puedo respirar si…, si me sigue sujetando así…

Fue soltado del cuello, lentamente, de modo que tuvo que continuar en la misma postura. Jadeaba fuertemente, y el dolor iba siendo cada vez más intenso. Sentía frío en las sienes, y le zumbaban los oídos…

—Estoy esperando —dijo la mujer.

—Me siento… muy mal… Voy a desmayarme…

—Es muy posible. Pero tiene tiempo de decir un nombre y una dirección. Sólo eso, Roger: un nombre y una dirección. *Oui?*

Roger se inclinó un poco hacia delante, hacia un lado… De pronto, acabó de ladearse, como muerto, dio contra Michel, y su cuerpo se hundió hacia el piso del coche. Una jugada perfecta. Su mano buscó la pistola que había dejado caer poco antes, la empuñó frenéticamente, y se revolvió hacia el asiento de atrás, lanzando un grito de triunfo.

Plop.

Su grito de triunfo se convirtió en un alarido de espanto al recibir la bala en el pecho, de lado. Finalmente, fue sólo un gemido lo que brotó de sus labios, mientras acababa de caer del asiento y

sus inertes dedos soltaban la pistola. En el silencio que siguió, él mismo oía con una claridad escalofriante su ronca y entrecortada respiración. Oyó el ruido de una portezuela. Luego, se abrió la más cercana a él, y la silueta de una mujer de largos cabellos quedó perfectamente visible. Lo primero que hizo ella fue quitar suavemente la pistola de las puntas de sus dedos. Luego, su rostro se acercó al de Roger.

—Es usted un loco estúpido —dijo duramente la mujer—. ¿Qué esperaba? ¿Sorprenderme?

—Yo… estoy… murién… muriéndome…

—Efectivamente. No vivirá mucho, Roger… A menos que lo ponga pronto en manos de un médico.

—Búsquelo… Busque a un méd…

—Lo haré. Pero sólo cuando haya contestado a mi pregunta. ¿La repito?

—Yo…

—Sólo un nombre y una dirección, Roger. A cambio de ello, un médico antes de diez minutos. De lo contrario, morirá desangrado.

—Doctor… Le Fonté…

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Al final del… del bulevar La Garoupe…, en una villa… junto a… al acantilado… Llame a un médico, llame…

La cabeza de Roger quedó flojamente, moviéndose un instante como si su cuello fuese de la más blanda goma. Quedó con los ojos abiertos, pero eso no tenía ya la menor importancia, puesto que los muertos, por mucho que abran los ojos, no ven nada. De este mundo, al menos.

Los dos cadáveres fueron apartados hacia un lado, la mujer se colocó al volante, dio el encendido, y condujo el coche hacia la villa. Poco después, detenía el auto delante de la casa, sin haberse molestado esta vez en cerrar las verjas. Hizo una señal con los faros, se apeó, y pasó al otro lado del coche. Sacó el cadáver de Roger, y lo metió en el asiento de atrás, dejándolo sentado. Cuando salió de la parte posterior del auto, miró amablemente a la gordísima mujer que parecía petrificada, desorbitados los ojos, de pie cerca de ella.

—Todo va bien, *mamma* María —sonrió.

—*Santissima Madonna*…

—Por favor, no invoque a nadie más… Ayúdeme a meter

también al otro en la parte de atrás.

Lo asió del cuello de la chaqueta, y tiró de él hasta que cayó al suelo, junto al auto. Entonces miró a María, que no se había movido.

—¡Vamos, ayúdeme!

—¿Está… muerto…?

—Desde luego. Los dos lo están, por obcecados.

—*Santissima Madona!*

—Por favor —suplicó Brigitte—: ya basta. Si no quiere ayudarme, está bien, pero no diga nada más, *mamma* María.

María la ayudó a meter el cadáver de Michel también en la parte de atrás, sentado junto a Roger. Temblaba tanto que sus abundantes carnes parecían un enorme flan en una batidora.

—¿Podrá venir detrás de mí con el auto que alquilé?

—Sí… El *signore* me compró una camioneta para bajar a La Valetta de compras… Sé conducir, sí, *signorina*…

Brigitte se metió en el auto que Diderot había alquilado para ella, abrió la guantera, y sacó un grueso tomo rojo, que era la guía «Michelin» de carreteras y poblaciones más importantes de Francia. A la luz interior del coche buscó Antibes, y en el plano de esta localidad, el bulevar de La Garoupe. Efectivamente, su final estaba muy cerca de unos acantilados, a la derecha de la *plage* de La Garoupe. Y no estaba precisamente lejos de allí; podía llegar en pocos minutos. Salió del coche, hizo señas a María para que ocupara el sitio ante el volante, y entonces le sonrió cariñosamente.

—Sígame a la máxima distancia que pueda. Cuando vea que yo apago y enciendo por tres veces las luces de situación de este otro coche, deténgase y espéreme. Solamente eso, *mamma* María.

—Sí, *signorina*. Pero…, ¿y si no vuelve?

—Yo siempre vuelvo —sonrió la espía más peligrosa del mundo —. Pero si no fuese así, váyase al hospital donde estaba el *signore*. Allá, está esperando *monsieur* Nez… Me refiero al hombre pequeño de la nariz grande. ¿Lo recuerda?

—Sí, *signorina*.

—Le dice dónde me ha dejado, y menciona este nombre: doctor Le Fonté. Luego, le darán un pasaje para avión, y podrá ir a reunirse con el *signore* a la clínica del doctor Tafferwer, en Berna. Cuando

llegue, dos agentes del Dauxième Bureau le estarán esperando, y ellos y usted tendrán que cuidar mucho al *signore. Va bene, mamma* María?

—Han querido matarlo… ¡Después de lo que le hicieron han querido matarlo…!

—Afortunadamente.

—*Santissima Madonna…!* ¿Cómo puede decir eso, *signorina*? ¡Usted, que tanto le quiere…!

—Precisamente por eso me alegro de que hayan querido matarlo, *mamma* María. ¿No lo comprende? Si el *signore* fuese a morir de esa parálisis, no se habrían molestado en venir a por él. ¿Para qué, si iba a morir tarde o temprano? Pero, puesto que han venido a matarlo, sabemos que él se pondrá bien tarde o temprano. *Capisco, mamma* María?

—Sí, *signorina… Capisco!*

—Por eso preparé esta trampa, con la esperanza de que diese resultado: mientras el *signore* era sacado por la parte de atrás del hospital para ser llevado a la clínica del doctor Tafferwer, que hará todo lo que se pueda hacer por curarlo. Y mientras tanto, aquí, yo me ocuparé de averiguar en qué asunto se metió el *signore*… Sí, *mamma* María: podemos estar contentas de que hayan querido matarlo los hombres que nos siguieron en aquel coche, porque sabemos que el *signore* vivirá. Y estoy segura de que sabe muchas cosas, y por eso quisieron matarlo… Bueno, vamos a hacer cada una nuestra parte.

Se metió en el coche que transportaba los dos cadáveres, y salió de la villa, seguida por María en el coche alquilado.

Capítulo IV

El hombre que estaba trabajando en el laboratorio, alzó la cabeza al oír por tres veces el sonido del claxon del auto. Frunció el ceño, y continuó con su trabajo…, hasta que tan sólo un minuto más tarde el claxon volvió a sonar. Entonces, soltó un refunfuño, dejó lo que estaba haciendo, y salió del laboratorio. Cruzó el espacioso vestíbulo de la villa, salió de ésta y se quedó mirando hacia el coche detenido a poca distancia de allí, en la zona escasamente iluminada. Refunfuñó de nuevo, fue hacia el coche, destacando en la semioscuridad debido a su blanca bata, y cuando llegó a la portezuela se inclinó.

—¿Qué es…?

Se calló bruscamente, al no ver a nadie… ante el volante. Pero distinguió perfectamente los bultos en el asiento de atrás, de modo que su ceño se frunció.

—¿Por qué…?

De nuevo se calló bruscamente. Con rapidez, abrió la portezuela de atrás, y tocó en un hombro a Michel, que se ladeó en seguida, blandamente, hacia. Roger. El hombre lanzó una exclamación, salió del coche, irguiéndose.

—¿Doctor Le Fonté? —oyó tras él.

Lanzó una exclamación, y Comenzó a volverse a toda prisa, pero recibió un empujón que lo lanzó de bruces contra el auto. Ni siquiera tuvo tiempo de rebotar, porque una mano lo mantuvo fuertemente pegado a la carrocería, sujetándole por la nuca.

—Quieto, doctor… Pórtese bien, o habrá que borrar del mundo de los vivos el apellido Le Fonté. ¿Me comprende?

—Yo… yo no soy Le Fonté —jadeó el hombre—. ¡No soy Jean Le Fonté! ¡Suélteme!

Tras unos segundos de silencio, durante los cuales, ciertamente, el hombre permaneció en la misma incómoda postura, se oyó de

nuevo la voz femenina.

—¿No es usted Le Fonté? ¿Quién es, entonces?

—Soy Duvalier…, Emil Duvalier, socio de Le Fonté, ¿de acuerdo…?

—¿Socio en qué cosas?

—Somos…, somos investigadores científicos… Vivimos los dos aquí, dedicados a la investigación…

—¿A la investigación de algo que puede provocar una parálisis muscular completa, señor Duvalier?

Éste lanzó una exclamación de asombró, de incredulidad.

—¿Está loca? —gritó—. ¡Usted no sabe lo que dice!

—Es posible… ¿Dónde está Le Fonté?

—En París… Se fue a París hace dos días.

—¿Qué tenía que hacer en París?

—¡No lo sé, ni se lo pregunté! Asuntos particulares, supongo.

—¿Y usted se quedó para dirigir la operación?

—¿Qué operación?

—La de buscar y matar a Número Uno.

—¡Yo no tengo que matar a nadie! ¡Usted está loca! ¡Y no sé de qué me está hablando…! ¡Suélteme!

—¿Cuántas personas hay en la casa?

—Nadie. Yo solo… Jean y yo vivimos solos, lejos de la gente, para que no nos molesten…

—Lo comprendo. Iremos a la casa, señor Duvalier. Camine.

Lo soltó, y Duvalier, tras recuperar el equilibrio, se volvió, rápidamente, lanzando un desmañado golpe horizontal con el brazo… Baby se limitó a flexionar el torso hacia atrás, esquivándolo con toda facilidad. Llevado por el impulso del golpe, Duvalier giró sobre sí mismo, y, cuando quedaba de espaldas a la espía, ésta lo tiró de nuevo contra el coche de un taconazo de karate propinado lateralmente a sus riñones, sin esforzarse en lo más mínimo. Duvalier lanzó un gemido, cayó de espaldas al suelo, se arrodilló en seguida, y se quedó mirando a la espía con expresión desorbitada.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere de nosotros? —casi gritó.

—No sé qué puede usted proporcionarme de lo que yo quiero, señor Duvalier. Pero sí estoy segura de que me sería de mucha utilidad lo que pudiese decirme de su colega Le Fonté. Especialmente, en el asunto de la parálisis. Aunque quizá usted

mismo pueda serme útil… ¿Sí?

—¡Claro que no! Le aseguro que no sé de qué habla…

—¿No han estado últimamente descubriendo algo que pueda provocar parálisis?

—No… Claro que no…

—Vacila usted, *monsieur* —sonrió fríamente la espía—. ¿Por qué?

—No sé nada… ¡Yo no sé nada!

—Nada… ¿de qué?

—¡De nada! ¡No sé nada de nada! ¡Lo que haga Le Fonté por su cuenta es cosa suya, no mía!

—Me parece que podremos llegar a entendernos, señor Duvalier. Vamos a la casa. Y si me ha mentido, y aparece alguien, usted irá a reunirse con esos dos hombres que le he traído al doctor Le Fonté.

—¿Usted…? ¿Usted los ha matado…?

—Efectivamente. Soy muy peligrosa, se lo aseguro. Camine.

Emil Duvalier se puso en pie, y apenas había vuelto la espalda a Brigitte, ésta lo cacheó, rápidamente, sin encontrar ninguna clase de arma. Le dio un suave empujón, y ambos comenzaron a caminar hacia la casa, en la cual, efectivamente, parecía no haber nadie…

—Al laboratorio, *monsieur* —ordenó Brigitte.

Duvalier la condujo allí, entraron, y la espía miró a todos lados, con recelo, lista para disparar en una fracción de segundo. No hubo necesidad. Allí sólo había objetos de laboratorio de todas clases, un par de aparatos de rayos X, jaulas con cobayas, estanterías llenas de probetas y matraces… La mirada de la espía quedó finalmente fija en la hilera de jaulas de rejilla, casi todas ellas ocupadas por cobayas que se movían inquietas. Aunque no todas. Hizo señas a Duvalier, moviendo la pistola, para que se colocara en un rincón, y entonces se acercó a las jaulas.

En tres de ellas, otras cobayas permanecían inmóviles, tendidas, como dormidas. Con la mano izquierda, Brigitte abrió una de las jaulas, sacó la cobaya, y la colocó sobre uno de los tableros llenos de recipientes de cristal. La cobaya no se había movido en absoluto, pero no estaba dormida… Ni muerta. Estaba inmóvil, completamente paralizada, eso era todo.

Cuando Brigitte alzó la mirada hacia Duvalier, éste captó el helado destello en los bellísimos ojos azules.

—Le juro que no sé nada —tartamudeó—. ¡Es cosa de Jean, él ha sido quien ha hecho eso! Yo… yo no sé cómo lo ha conseguido…

—¿No me ha dicho que investigan juntos?

—Sí, pero no en eso… Hace tiempo que estamos juntos, y hacemos trabajos en común, pero cada uno tiene, aparte, sus propios trabajos, sus ideas… Quiero decir que también investigamos por separado…

—Entiendo. Y supongo, señor Duvalier, que usted habrá leído la noticia en los periódicos.

—¿Qué… qué noticia…?

—La de unos cientos de personas que quedaron paralizadas en el *camping* La Papillon hace ya casi cuarenta y ocho horas. ¿Se enteró de eso?

—Yo…, yo no sé…

—¿Se enteró o no? —exigió secamente una respuesta Baby.

—¡Sí!

—¿Y no ha hecho usted nada para ayudar a las autoridades?

—¿Yo? —se asustó Duvalier—. ¿Qué puedo hacer yo? No sé lo que ha descubierto Jean, ni cómo lo ha hecho…

—Pero usted sabe que ha descubierto algo, ¿verdad?

—Sí… Sí, lo sé… Hace tiempo que él estaba dedicado a un trabajo sobre el cual no me decía nada… Le pregunté varias veces, pero nunca me dio explicaciones…

—Pues ya sabe usted de qué se trata: su colega ha descubierto algo que produce parálisis muscular. Y se me ocurre que usted quizá podría colaborar con los médicos que están estudiando el caso en el propio *camping*.

—Pero es que yo no sé nada… ¡No podría hacer nada!

—Usted es investigador, como él, ¿no es cierto?

—Sí, sí, pero… eso no es suficiente. Podría hacer algo si supiera cómo es el gas…

—¿Gas?

Emil Duvalier se mordió los labios.

—Yo… sé que Jean ha creado un gas… Sólo sé eso. Pero no puedo hacer nada sin conocer la fórmula. Por eso no he ido al *camping* a ofrecer mi ayuda. Además, estoy esperando a que regrese Jean, para pedirle explicaciones…

—¿Cuándo regresará?

—No lo sé. Escuche, yo no tengo nada que ver en esto, señorita… ¡Nada!

—¿Está seguro de que no sabe dónde podríamos encontrar a Le Fonté en París?

—De verdad que, no lo sé. Si supiera algo, ayudaría a esas personas… Sé que Jean ha creado un gas, pero eso es todo. Si tuviera una muestra de ese gas, podría analizarlo, y quizá entonces sí sería de utilidad a las autoridades, pero no sé cómo es, ni qué sustancias contiene… Lo lamento.

—¿Puede producir la muerte ese gas, a la larga?

—No lo sé.

Brigitte señaló la cobaya.

—¿Cuánto tiempo lleva así este animal?

—No sé. Yo estuve en Niza hasta hace dos días. Llegué justo cuando Jean se iba a París. Él no me dijo nada, y cuando entré aquí, vi al animal en ese estado. Es todo lo que sé. ¿Usted… es de la policía?

—Quizá. ¿Le dice algo el nombre de Angelo Tomasini?

—No… No, seguro.

—¿Y el de Número Uno?

—¿Cómo? —se pasmó Duvalier.

Brigitte hizo un gesto de impaciencia.

—¿Conoce usted a los dos hombres que hay muertos en el coche?

—Sí… Eran amigos de Jean. Vinieron aquí algunas veces, pero no sé qué relación tenían con él. Creo que se llaman Michel y Roger… Escuche, señorita, yo no…, no quiero líos con la policía… Usted me entiende… Han muerto dos hombres, y creo que deberíamos avisarla para evitar que…

—Usted no debe preocuparse por eso, *monsieur*. Pero sí debe preocuparse, y mucho, por su propia vida, si me está mintiendo. Yo llegaré a saberlo, se lo aseguro.

—No —palideció Duvalier—. No estoy mintiendo…

—Señor Duvalier, yo no soy de la policía. Soy una espía, y he matado a muchos hombres en mi vida. Quiero que sepa que la de usted está ahora mismo pendiente de un hilo muy delgado y débil. ¿Me comprende?

—Dios —gimió el hombre—. ¡Dios mío…!

Parecía que iba a derrumbarse de un momento a otro. Estaba tan pálido que Brigitte casi llegó a sentir piedad, ante el gran terror que hacía temblar a Duvalier. Acabó por desentenderse de él, para dedicar de nuevo toda su atención a la cobaya. Se colocó al animalito con el vientre pegado a su oreja, y estuvo así unos segundos, notando la suavidad de la piel… Lentamente, apartó de su oreja al animal, lo metió en su jaula, y miró hoscamente a Duvalier.

—Se está muriendo —murmuró, un poco pálida—. Debe pensar que su resistencia, tan inferior a la de un ser humano en líneas generales, está terminando. Aunque… también tengo entendido que si muere uno de estos animales quiere decir que también puede morir una persona, bajo el mismo tratamiento o enfermedad. ¿Cierto?

—Sí…

—¿También es cierto que usted podría hacer algo si tuviera la fórmula de ese gas inventado por su colega?

—Bueno… Podría intentarlo, al menos. Pero no le aseguro…

—Tendrá el gas, y deberá trabajar mucho, *monsieur*. Hasta luego.

—¿Hasta luego? ¿Se va usted y…?

—Y le dejo solo, en efecto —sonrió la espía—. Pero espero encontrarlo aquí cuando vuelva dentro de media hora aproximadamente, señor Duvalier. Esperaremos juntos a Jean Le Fonté. ¿De acuerdo?

—Sí, sí…

—Bien. Pero antes de marcharme, quiero decirle algo: si a mi regreso, usted se ha marchado, me demostrará que sí tiene mucho que ver con todo este asunto. En cuyo caso, *monsieur*, le sugiero que se vaya muy, muy, muy lejos. Aunque de todos modos —volvió a sonreír de aquel modo escalofriante—, yo lo encontraría mucho antes de lo que usted pudiera imaginar. Por eso digo: hasta luego, doctor Duvalier.

—Yo… estaré aquí esperándola.

Pero Brigitte no le hacía ya el menor caso. Había salido del laboratorio, y segundos después lo hacía de la casa. Se metió en el coche, miró a los dos cadáveres con total indiferencia, y lo puso en marcha. Tan sólo medio minuto más tarde detenía el coche junto al

que ocupaba María, que lanzó un grito de alegría al verla acercarse.

—*Signorina…!*

—Todo está bien, *mamma* María. Vaya por lo tanto directamente al aeropuerto de Niza.

—¿No voy a ver a ese *monsieur* Nez?

—No es necesario. En el aeropuerto de Niza la atenderán debidamente unos caballeros. Haga lo que ellos digan, y no se preocupe por nada más. Antes de tres horas estará con el *signore*. Cuídelo bien. ¿Sabe disparar una pistola?

—No… ¡No!

—Pues tendrá que aprender —Brigitte fue al otro coche, y regresó con la pistola de uno de los muertos—. Sólo tiene que apretar el gatillo, mirando a cualquier persona que pretenda acercarse a Uno. Sólo eso. Si lo mira fijamente, la bala irá adonde usted quiera.

—No es posible…

—Lo es, *mamma* María. Cuide bien de él. No lo deje solo en ningún momento. Y cuando lo vea, aunque usted crea que no la mira ni la oye, dígale que iré pronto a buscarlo. Eso es todo.

—*Signorina*…

—¿Sí?

—¿Qué será de nosotras si él muere?

—No lo sé —susurró Brigitte—. No lo sé, *mamma* María. Pero sí sé lo que les ocurrirá a quienes hayan causado su muerte. Adiós.

Regresó al coche, esperó que María se alejase, y entonces volvió a mirar a los dos muertos.

—Tengo un buen sitio para vosotros —murmuró.

Tan sólo tres minutos más tarde, detenía el auto en el borde del acantilado, contra el cual rugían las aguas, convertidas en espuma de color plata bajo la luz de la luna. Primero uno y luego otro, ambos cadáveres fueron lanzados al vacío… Y bien mirado, no podían quejarse. Brigitte Montfort, alias Baby, les proporcionaba una hermosa tumba… ¿Qué más podían pedir?

Cuando quince minutos más tarde entró en el laboratorio, el doctor Duvalier estaba inclinado sobre una de las mesas, en la cual se veía, rígida, una de las cobayas. El investigador alzó la cabeza, la miró y musitó:

—Ha muerto ya.

Brigitte se acercó, miró al animalito durante unos segundos, y, de pronto, murmuró:

—¿Puede hacerle la autopsia?

—¿La… la…?

—¡La autopsia! ¿Estoy hablando de algo que usted no entiende, quizá?

—Bueno, sé… sé lo que es una autopsia… He practicado algunas en estos animales, claro… Pero puedo decirle ahora mismo que éste ha muerto de inanición y asfixia. No es posible mantener demasiado tiempo en suspensión el funcionamiento de los tejidos que…

—Doctor Duvalier, yo no entiendo demasiado de eso. ¿Puede o no puede hacer la autopsia a este animal?

—Con tiempo y tranquilidad, sí.

—Pues tiene mucho tiempo y toda la tranquilidad que quiera.

—¿Espera usted que por medio de esta autopsia yo encuentre un… remedio contra ese gas paralizante de Jean Le Fonté?

—¿Acaso es imposible?

—No sé… Me pondré manos a la obra ahora mismo.

—¿Puedo ayudarle en algo?

—No. Puesto que usted es espía, dedíquese a espiar. Yo me ocuparé de mi trabajo.

Brigitte Montfort lo miró un tanto sorprendida, pero acabó sonriendo. Cierto, cada cual es un genio en lo suyo. Hasta entonces, el doctor Emil Duvalier había sido un pobre hombre asustado. Pero en aquel momento, era el que más sabía allí.

—De acuerdo, *monsieur*.

—Si quiere beber algo, hay bar en el salón… ¿Le ocurre algo, señorita?

—¿A mí? ¿Por qué pregunta eso?

—No sé… Su voz me parece diferente a la de antes…

—Debo haberme resfriado un poco —sonrió ella—. Póngase a trabajar y olvídese de mí.

—Muy bien.

Brigitte fue al salón, buscó en vano champaña, y tuvo que conformarse con una botella de coñac francés, cuyo hallazgo, ciertamente, no la desagradó. Tomó dos copas y regresó con ellas y la botella al laboratorio Se acercó a la mesa donde Duvalier, muy meticulosa mente, estaba iniciando la autopsia de la cobaya.

—¿Coñac, *monsieur*?

—*Mais out… Merci!*

Sirvió coñac a Duvalier, buscó una silla, y se sentó con la botella a su alcance, y el maletín rojo con florecillas sobre su regazo. Tras encender un cigarrillo, miró inexpresivamente al muy atareado Emil Duvalier, que parecía haberla olvidado. Pero eso no importaba en absoluto.

Si alguien sabía esperar, con toda la paciencia que fuera necesaria, ese alguien era precisamente la agente Baby.

Una hora más tarde, nada había cambiado, excepto la provisión de cigarrillos de la más bella espía jamás nacida. Emil Duvalier la había olvidado completamente, y el silencio era tal que parecía que todo estuviese muerto alrededor de ellos. Tan sólo de vez en cuando se oía el sonido de alguno de los instrumentos que utilizaba el investigador científico.

Brigitte se levantó, y fue a mirar a las otras dos cobayas en sus jaulas. Sacó una de ellas, y comprobó que había muerto también. La última aún vivía, pero cuando la acercó a su oído, percibió los latidos del diminuto corazón como algo lejano, debilísimo… También iba a morir no tardando mucho.

La sola idea de que cientos de personas víctimas de aquel gas paralizante podían ir muriendo igual que las cobayas, estremeció a Brigitte, no por la muerte en sí, sino por lo innecesario y brutal de tales muertes. Sombríamente, pensaba que Ludwig Tafferwer no encontraría remedio alguno contra aquel gas, del mismo modo que estaba convencida de que tampoco conseguiría nada Emil Duvalier.

De pronto se volvió vivamente hacia la puerta del laboratorio, todavía con la cobaya junto al oído. Hubo una crispación en su rostro al ver a los tres hombres allí. Iban vestidos de oscuro, sonreían burlonamente, y cada uno de ellos empuñaba una pistola que la apuntaba a ella. Fue justo entonces cuando oyó el ruidito junto a la puerta-ventana que daba al jardín… Vio cómo acababa de abrirse, y tres hombres más, igualmente vestidos de oscuro, entraron rápidamente, pistola en mano, apuntándola a ella. Nadie dijo nada. Brigitte continuó con la cobaya junto a su rostro, y los seis hombres, que se habían repartido estratégicamente por el laboratorio, dominando la situación desde el primer momento, parecieron tomarse aquello como una divertida e inocente broma.

Emil Duvalier estaba tan absorto en su trabajo que ni siquiera se había dado cuenta de lo que sucedía, de modo que uno de los recién llegados se permitió carraspear.

—Ejem, ejem…

Duvalier alzó la mirada, volviendo la cabeza, muy abiertos los ojos. Vio a Brigitte, y cerca de ella a uno de aquellos hombres. Dos más cerca de la puerta, y otro más allá.

Crispadas las mandíbulas, se quedó mirando a Brigitte, la cual encogió los hombros en un gesto de resignación.

—Lo lamento, doctor Duvalier —murmuró—. He sido la primera sorprendida. Han llegado muy silenciosamente. Y debo felicitarlos; para que yo no los haya oído, han tenido que ser muy cautelosos.

—¿Quiénes son? —musitó Duvalier.

—No lo sé. Han aparecido de pronto, como fantasmas —sonrió amablemente—. Sólo que, claro, no son fantasmas.

—Tenemos un recado para usted, Duvalier —dijo uno de los recién aparecidos—. Y es de su buen amigo Jean: no se complique la vida y siga con sus cosas. Con las de usted, no con las de él, ¿comprende?

—¿Dónde está Jean? —inquirió hoscamente Duvalier.

—No se ponga tonto. Agradezca que tengamos orden de respetar su vida. Pero no la complique más, créame: siga investigando sus cosas, no hable con nadie, y permanezca en la villa. Le Fonté vendrá a charlar con usted cuando sea el momento adecuado. Eso es todo, y si acepta las cosas tal como están, no le ocurrirá nada. Jean le aprecia, de veras.

Duvalier tragó saliva, y miró a Brigitte.

—¿Y ella?

—Olvídela. Probablemente, no volverá a verla jamás. Y olvídenos también a nosotros. No nos ha visto, ni la ha visto a ella, ni sabe nada de nada, ¿está claro? Siga con sus cosas, y Le Fonté se pondrá pronto en contacto con usted.

—Esta señorita…

—Nosotros nos ocuparemos de esta señorita —sonrió el hombre.

Alzó la pistola, apuntó un instante, y apretó el gatillo.

Al instante, Brigitte Montfort notó aquel pinchazo sobre el corazón, justo en el centro de su seno izquierdo. Un pinchazo agudo, fino, en realidad casi indoloro. Por una fracción de segundo,

tuvo la sensación de que el laboratorio giraba un millón de veces alrededor de ella…

Y eso fue todo.

Capítulo V

—La invitaría a coñac francés, pero me parece que ésta no es la hora adecuada… Hace ya mucho rato que amaneció. Si me dice qué acostumbra a desayunar, daré las órdenes para que se lo sirvan.

Brigitte acabó de abrir los ojos, con rápidos parpadeos. Sí. Efectivamente, había amanecido. Por una ventana veía la luz del sol, radiante, cegadora. Sorprendente. Apartó los ojos de la ventana, para mirar a su alrededor. Estaba en un pequeño dormitorio de paredes de madera… Un rostro apareció de pronto en su recorrido visual. Volvió a parpadear antes de quedarse mirándolo fijamente.

Un rostro de hombre, orejas grandes y una boca grande, irónicamente hostil. Parecía el rostro de un mestizo… Sí. Era de pequeña estatura, delgado, estrecho de hombros. Había algo especial en su mirada. Una especie de furia divertida…

—¿Quién es usted? —musitó la espía.

—Honoré Treffusant —amplió el mestizo su cruel sonrisa—. Pero supongo que eso no le dice nada, señorita Montfort. Como compensación, le diré que su nombre tampoco me dice nada a mí. Tengo su extraordinario maletín, con dinero, pasaporte, y otras cosas interesantes. Muy interesantes. Dígame, ¿es cierto que usted mató a Michel y Roger?

Brigitte se había dado ya cuenta de que detrás de Honoré Treffusant había dos hombres más, de raza negra uno y blanco el otro, ambos mirándola ávidamente.

—Sí —respondió.

—Asombroso. ¿Cómo lo consiguió? Eran dos buenos elementos… De lo mejor que estoy reclutando.

—Quizá no eran tan buenos elementos como usted pensaba.

—Sí… Quizá —rió sordamente Honoré—. Así debía ser, indiscutiblemente. A menos que, en definitiva, ellos fuesen buenos elementos, pero usted aún lo fuese mejor.

—Es posible. ¿Dónde estamos?

—En un viejo albergue que hace tiempo servía para alojar a grupos de entusiastas de las nieves. Lo compré no hace mucho. Está bastante descuidado, pero no tiene importancia, ya que es sólo un alojamiento provisional. Dentro de muy poco, podré vivir en palacios.

—Enhorabuena. ¿Le importa que me incorpore?

—No, no… Puede hacerlo.

Honoré Treffusant se apartó, y la espía se sentó en el estrecho catre en que había estado tendida. Se miró el seno izquierdo. Había un agujero en la ropa, y todo el borde se veía manchado de sangre.

—¿Me dispararon una bala con narcótico, solamente? —musitó.

—En efecto. No queríamos matarla.

—Entiendo.

—¿Entiende? ¿Qué es lo que entiende?

—Ustedes me querían viva para preguntarme dónde está Número Uno.

Un destello de admiración y sorpresa pasó por los oscuros ojos de Treffusant.

—Magnífico —susurró—. Observo que usted es una persona de rápida recuperación mental y física, señorita Montfort. Y puesto que hemos puesto tan rápida y convenientemente las cosas en claro, haré la pregunta formalmente, ¿dónde está Número Uno?

Brigitte se quedó mirando a Treffusant. Eso fue todo.

—¿No lo sabe? —murmuró él.

—Por supuesto que lo sé. Yo misma lo envié allí, al lugar donde está ahora. Pero no pienso decírselo, *monsieur* Treffusant.

—¡Oh!… Su actitud va a ocasionarle algunos inconvenientes, se lo aseguro, señorita Montfort.

—Lo supongo. Pero estoy acostumbrada a esos pequeños inconvenientes. Y sé lo que está usted pensando: que va a torturarme, y que al final acabaré por decirle dónde está Uno. Conozco el sistema, y, de mil veces, novecientas noventa y nueve da resultado.

—Pero usted es el caso número mil, ¿no es cierto? —sonrió, de nuevo, Treffusant.

—Ciertamente. No conseguirá que le diga dónde está Uno. Y le explicaré por qué, *monsieur* Treffusant: amo a Número Uno, y antes

me hará usted pedazos que conseguir la información que le permita encontrarlo para matarlo. Sin embargo, podemos llegar a un acuerdo.

—¿Un acuerdo? Interesante… ¿Qué acuerdo, dígame?

—Usted quiere eliminar a Uno porque él sabe algo que a usted no le interesa que sea divulgado, ¿cierto?

—*Mais oui*… ¡Cierto!

—Bien. Dígame usted qué debo hacer para que Número Uno cure de su parálisis, y tiene usted mi palabra de que ni él ni yo le molestaremos en modo alguno en lo sucesivo. Es una operación conveniente para las dos partes, señor Treffusant. Usted me proporciona una dosis de antídoto contra ese gas paralizante, y nosotros le olvidamos. En realidad, sale usted ganando.

Honoré Treffusant se echó a reír, finalmente divertido.

—¡Su desfachatez es formidable, señorita Montfort! En primer lugar, no están ustedes en condiciones de plantarme cara. En segundo lugar, no existe ese antídoto.

—¿No existe? ¡Espléndido! —sonrió Brigitte.

—¿Espléndido? Realmente, no la comprendo…

—Pues es bien sencillo, *monsieur*: si no existe antídoto, significa que las víctimas de ese gas curan por sí solas después de transcurrido un cierto tiempo. De no ser así, si no curasen por sí solas, no se habría molestado usted en enviar a dos hombres a matar a Número Uno.

—Usted olvida que las cobayas que vio en el laboratorio de Emil y Jean murieron.

—Son animalitos muy pequeños. El hombre es un animal mucho mayor, y por tanto, resistirá el tiempo que duren los efectos del gas. ¿No se lo ha dicho así el doctor Le Fonté? Por cierto, ¿dónde está él? Me gustaría poder demostrarle mi antipatía por lo que ha hecho con Uno.

—Usted es una inteligente y descarada joven, señorita Montfort. Demasiado inteligente y demasiado descarada. Se está buscando que la pongamos bajo los efectos del Inmovix.

—¡Ah!… ¿El gas se llama Inmovix? Bueno, es un dato más que poseo. En cuanto a someterme a esos efectos, lo dudo, ¿quién podría decirle entonces dónde está Número Uno antes de que él se recupere y venga a por usted? ¿Se da cuenta de lo que han hecho,

monsieur? Han hostigado al león de un modo estúpido. Y cuando el león despierte, saben muy bien que los eliminará de un solo zarpazo. Por eso le he hecho la oferta anterior, y le aseguro que salía ganando. ¿Insiste en no aceptar mi trabajo?

—Temo que sí.

—Bien… Quizá influiría en usted una oferta complementaria: un millón de dólares.

—¿Dinero? —sonrió Treffusant—. Hace algunas semanas me habría usted convencido, seguramente. Ya no, porque dentro de muy poco podré tener todo el dinero que quiera y cuando yo quiera, con toda facilidad.

—Pues es usted muy inteligente. ¿Puedo preguntarle qué pasó entre ustedes y Número Uno?

—Nos pusimos en contacto con él por medio de una persona… Le hicimos una excelente oferta, y la rechazó. Y como ya sabía demasiado, no tuvimos más remedio que intentar matarlo.

—¿Qué clase de excelente oferta le hicieron? Quizá lo que a él no le interesó me interese a mí. En este caso, sería más fácil llegar a un acuerdo satisfactorio para todos.

—Puede que a usted le interesara nuestra oferta, pero nosotros no queremos mujeres en nuestras filas, señorita Montfort. No son lo bastante eficaces para mis proyectos.

—Hay muchas clases de mujeres, *monsieur* Treffusant. No se deje engañar por mi dulce aspecto. En realidad, cualquier cosa que usted creyera que podía hacer Número Uno, yo también podría hacerla. Puedo ser tan eficaz como él mismo. A veces, precisamente por ser mujer.

—Tonterías. Mire, señorita Montfort, ya no quiero perder más tiempo en una conversación que…

—Puede llamarme Baby —sonrió Brigitte.

Honoré Treffusant se irguió vivamente. Sus ojos se entornaron, dejando escapar sólo un destello de incredulidad.

—¿Baby? —susurró al fin—. ¿La agente de la CIA?

—Sí. ¿Le intereso?

—Usted está mintiendo.

—¿No cree que yo soy Baby? Bien… Entonces, ¿qué clase de amistades piensa usted que tiene Número Uno? ¿Coristas y vendedoras de aspiradoras? ¿Por qué cree que él se las arregló para

llamarme a mí? ¿Porque soy bonita… o porque sabía que yo resolvería su situación momentáneamente apurada? ¿Cree que Uno llamaría en su ayuda a cualquiera, señor Treffusant? Dígame cuál es su oferta… si es que le intereso.

—Es posible que me interese… ¿Mi oferta? Bien, partamos desde el principio: yo necesito gente como Baby y como Número Uno, no voy a negarlo. No es fácil dominar el mundo uno solo.

—¿Dominar el mundo? —sonrió Brigitte.

—Completamente. Y para ello preciso de personas que tengan una inteligencia notablemente especial. Esa fue la oferta que Le Fonté hizo a Número Uno: ser de los míos. Y se le ofreció la dirección de todo el sistema de seguridad y espionaje en el continente europeo.

—O usted o yo estamos soñando, Treffusant. ¿Realmente piensa que puede dominar el mundo?

—Empezaré por Francia. Dentro de unos años, la historia tendrá una curiosa faceta informativa: Argelia, que antes fue colonia francesa, será la metrópoli, y Francia será una colonia de Argelia.

—¿Es usted argelino?

—Desde luego. ¿Qué le parece mi idea? Convertir a Francia en colonia de Argelia para empezar. Luego, en muy poco tiempo, toda Europa será una colonia de Argelia, y finalmente, el mundo…, empezando por Estados Unidos y Rusia. Sí… En muy poco tiempo, los destinos del mundo se regirán desde Argel…

—Donde usted estará ocupando el trono de mando. ¿Es eso?

—Exactamente. ¿Le parece mala idea?

—No, no —rió Brigitte—. ¡Como idea es sensacional! Dominar el mundo ha sido el ansia de muchos grandes conquistadores. Imagino que sería formidable ser el emperador del planeta Tierra. Pero dígame, señor Treffusant, ¿tiene usted tropas, armas nucleares, flotas de barcos y de aviones…?

—Solamente tengo el gas Inmovix.

—¡Bah…! Usted está soñando, es un pobre iluso.

—Parece que mi oferta tampoco le interesa a usted.

—Por el contrario. Me interesa mucho… ¿Por qué cree que trabajo para la CIA? Simplemente porque es el organismo más poderoso del mundo, y yo soy alguien importante dentro de él. Tengo mucho poder gracias al respaldo de la CIA, señor Treffusant.

Pero se me está ocurriendo que aún tendría más poder si fuese yo quien dirigiera la CIA.

—Podría dirigir, incluso, todo el continente norte de América…, siempre y cuando me demostrara que estaba capacitada para ello.

Brigitte entornó los ojos.

—¿Número Uno rechazó una oferta semejante? No lo comprendo, francamente. ¿No pasó nada más que le molestase a él?

—No. Le Fonté le hizo la oferta, y él la rechazó, simplemente. En cambio, parece que a usted le va interesando. Si realmente es Baby, yo la necesito, como organizadora de mis servicios especiales en el continente norteamericano.

—¿Está sugiriendo que yo sería la presidente de Estados Unidos? —sonrió Brigitte.

—No, no… ¿Por qué tanta molestia? El señor Nixon seguiría ocupando la Casa Blanca, pero yo sería quien dirigiría el país, asesorado y respaldado por personas como usted. Aparentemente, nada habría cambiado. Pero en todo el mundo solamente se haría lo que yo ordenara.

—O eso, o la muerte para todos, ¿no?

—¿La muerte? ¿Por qué? ¿Quién me serviría entonces? No, no… Yo quiero que todos sigan vivos, compréndalo. Los esclavos muertos no sirven de nada.

—Entiendo. ¿Y todo eso lo va a conseguir con el Inmovix?

—Evidentemente. Usted parece no darse cuenta de su poder, señorita Montfort, de modo que voy a ponerle un ejemplo, partiendo de la base de que todavía no dispongo del suficiente Inmovix para dominar el mundo… Me falta dinero, pero ése lo tendré muy pronto, y podremos construir la gran fábrica donde se producirán cantidades más que suficientes de Inmovix…

—¿Cómo tendrá tanto dinero?

—¡Oh!, esta misma noche dispondré de algunos millones. Pocos. En realidad, va a ser una especie de prueba para cerciorarme de que mis sistemas van a funcionar adecuadamente. Pero de eso hablaremos luego quizá. Sigamos con el ejemplo… Decía que tengo poco gas Inmovix, producido personalmente por Le Fonté. Sin embargo, en sólo un par de horas puedo paralizar a toda la escuadra norteamericana en el Mediterráneo. La Sexta Flota sería solamente un… conjunto de poderosos navíos bélicos…, cuya

dotación estaría paralizada completamente. ¿Se imagina usted a la Sexta Flota a la deriva en el Mediterráneo?

—Sí —murmuró roncamente Brigitte—. Me la imagino. ¿Qué más?

—Bien… Supongamos que llego a un acuerdo con Rusia para conseguirles eso y mucho más. En muy poco tiempo, Rusia habría vencido, prácticamente sin una sola muerte, a su eterno rival de la guerra fría. Rusia sería muy poderosa entonces. Sin embargo, me obedecerían todos los ocupantes del Kremlin. ¿Por qué? Porque si no lo hacían, yo emplearía contra ellos el Inmovix, paralizando todos sus ejércitos. Inmediatamente, China invadiría Siberia, y muy pronto la Rusia europea. ¿Sería entonces China quien mandaría en el mundo? No, porque si no me obedecía a mí, los ejércitos chinos serían paralizados a su vez, y otros serían los que dominarían consecuentemente a China, Rusia y Estados Unidos… Y así, uno tras otro, todos los países llegarían a comprender la verdad: que yo era el amo. Todos me obedecerían, por el simple temor de que, si no lo hacían así, yo invadiría su país con las tropas de un país que sí acatara mis órdenes, después de paralizar los ejércitos del país que quisiera invadir. ¿No se da cuenta? Ejércitos, fábricas, ciudades enteras, industrias de todas clases, todo, toda podría quedar paralizado, a mi merced, o a la de mis amigos. Entonces, la única solución era permanecer cada uno en su país, obedeciendo mis órdenes. Y aquel que se desmandara sería aplastado. No muertos, no. Solamente paralizados. Cuando se recobraran, serían solamente esclavos, su país estaría ocupado, no dispondrían de armas, sus líderes estarían encarcelados… No sé si me va comprendiendo.

—Creo que sí.

—Magnífico. Pongamos, por ejemplo, la guerra de Vietnam, que ahora se está complicando tanto con el asunto de Camboya. Dígame, señorita Montfort, ¿qué pagarían los vietnamitas por disponer de un arma como el Inmovix, que paralizaría a todas las tropas norteamericanas en selvas y ciudades? Actualmente, no dispongo de medios para… rociar con el Inmovix esas selvas. Pero dentro de poco podré disponer de flotas enteras de aviones, que lanzarían el gas donde yo quisiera. En cuestión de minutos, toda la zona ocupada por los norteamericanos quedaría paralizada completamente. O al revés, si mi oferta la hacía a Estados Unidos.

El orden de los factores no altera el producto de la suma, como suele decirse. Quiero decir, que yo, en definitiva, sería quien dominase a unos y a otros… Al mundo, en fin.

—Quizá usted está siendo muy imprudente al contarme todo esto, señor Treffusant.

—¿Por qué? —se sorprendió éste—. En primer lugar, usted no va a salir con vida de aquí. Pero, aunque lo consiguiera, ¿qué daño podría hacerme? ¿Iría a contar a la CIA lo del gas Inmovix? ¡Perfecto! Así sabrían a qué atenerse cuando yo empezase a dar mis órdenes. En realidad, casi debería dejarla marchar…

—¿Por qué quiere matar a Número Uno entonces?

—Porque aún no estoy listo para que el mundo sepa que dispongo de semejante poder. Ahora estamos instalados en un viejo albergue que utilizamos como cuartel. Lo compré a buen precio, y, de momento, nos arreglamos aquí. Pero en breve, posiblemente dentro de un par de días, nos iremos a un lugar seguro. A partir de entonces, no me importará que el mundo conozca la existencia del Inmovix y lo que se puede conseguir con él.

—Eso quiere decir que Número Uno se recuperará antes de dos días, y por eso quiere eliminarlo.

—Es usted muy aguda observadora. Sería catastrófico que viniera a por mí ahora, compréndalo. No dispongo de aviones, ni de hombres suficientes, y, sobre todo, de gas Inmovix. No podría presentar batalla a nadie en las actuales condiciones. Pero mañana mismo tendremos dinero, y pasado mañana nos iremos de aquí con las pequeñas instalaciones donde se está produciendo por el momento una pequeña cantidad de Inmovix. Nos instalaremos en otro lugar, y comenzaremos a producir el gas en cantidades industriales… Eso requiere un cierto tiempo, y por eso queremos que Número Uno sea eliminado. Aunque según Le Fonté, después de las muertes de las cobayas es posible que no debamos preocuparnos demasiado por Número Uno. La paralización muscular tan prolongada puede ser fatal. Quizá no mortal, pero es casi seguro que Número Uno quedará convertido en un inválido para el resto de su vida. Pero, claro, un inválido que podría hablar demasiado, ¿comprende?

—Comprendo —musitó Brigitte.

—Bien… ¿Qué opina de mi oferta? ¿Va a responderme igual que

Número Uno respondió a Le Fonté?

—No lo sé… Francamente, señor Treffusant, a mí me gusta estar siempre del bando que va a ganar… ¿De dónde va a sacar usted tanto dinero para empezar sus planes con auténtica envergadura?

—Lo tendré esta misma noche. ¡Cantidades enormes de dinero! —se echó a reír—. ¡Y va a ser muy divertido! Insisto en que, en realidad, es solamente una prueba. Si da resultado, que lo dará sin duda, podemos considerar que tengo a mi disposición todos los bancos del mundo.

—Entiendo… ¿De qué prueba está hablando para esta noche?

—Todavía no me ha dicho si acepta mi proposición, que sigue en pie… si realmente es usted la agente Baby.

—Soy Baby. ¿Me da algún tiempo para pensarlo?

—Por supuesto. Siempre y cuando me diga ahora mismo dónde está Número Uno.

—Eso no. Y le diré por qué, Treffusant: si yo me pongo de parte de usted, Número Uno también lo hará. Y en ese caso, ¿no cree que él será más útil que muchos hombres?

—Depende de cómo quede después de tan prolongada parálisis. ¿Puede usted enviarle un mensaje para que si se recupera no hable de…?

—Señor Treffusant —sonrió secamente Brigitte—, si Número Uno se recupera, no dirá nada a nadie hasta haberme visto a mí. Usted lo está confundiendo con un espía de poca categoría. En cuanto a lo de enviarle un mensaje, olvídelo. No está tratando con una estúpida.

—Me voy convenciendo de ello. ¿Tendrá suficiente con una hora para pensarlo?

—Sí.

—Volveré dentro de una hora. Enviaré a un médico para que atienda esa pequeña herida suya.

—No es necesario. Si me entrega mi maletín, yo misma me curaré.

—Como guste.

Honoré Treffusant se volvió hacia el negro que estaba tras él, y le musitó una orden. El negro salió, y regresó poco después con el maletín de la espía, que lo abrió, se cercioró de que no faltaba nada… y al alzar la mirada vio al negro y al blanco apuntándola

con sus pistolas.

—Una pequeña precaución —sonrió Treffusant—. Atienda su herida, y nos llevaremos de nuevo su maletín.

Brigitte asintió con la cabeza. Se volvió de espaldas a los tres hombres, y se curó la pequeña herida. No tenía la menor importancia, desde luego, ya que la bala se había hundido lo justo para introducir el narcótico en su sangre. Ya limpia, se volvió hacia los atentos personajes, que no le quitaban ojo. Acabó de colocarse un sencillo apósito y preguntó:

—¿Podrían proporcionarme alguna ropa? Un jersey o algo así.

—Buscaremos entre mis hombres un jersey que pueda servirle. Y le enviaré también un abundante y agradable desayuno, pues sé que los americanos son muy voraces por las mañanas… ¿Qué es eso?

Brigitte se había quitado de una fosa nasal, utilizando dos uñas, un delgado cono que parecía hecho con algodón. Sin contestar, extrajo lo mismo del otro orificio nasal, y también lo tiró a un rincón. Cuando habló entonces, su voz era ligeramente diferente, menos gangosa.

—Son unos tapones asépticos que me recomendó mi médico hace unos días, pues tenía las mucosas irritadas. Ustedes no son muy galantes al estar observando estas pequeñas intimidades de una dama, señor Treffusant.

—Lo siento. Pero sabemos que, además de artículos de belleza y de cura, lleva usted cosas muy raras en ese maletín, y no queremos correr ningún riesgo.

—Si no confía en mí, no veo por qué me ha hecho su oferta.

—Aún no ha aceptado usted.

—Es cierto. ¿Puedo colocarme unos tapones nuevos en mi naricita?

—Por supuesto.

—Gracias.

Con unas tijeritas cortó dos pequeños rectángulos de una gasa sonrosada, muy tupida; de un tubito vertió sobre cada rectángulo de gasa una pequeña cantidad de polvos blancos, sobre los cuales echó después un par de gotas del líquido que contenía un pequeño frasco. Hizo un diminuto cucurucho con cada rectángulo que contenía los polvos y las gotas de líquido, y se los introdujo en la nariz ayudándose con unas pinzas que al fin encontró. Suspiró con

desagrado, al fin, y miró a Honoré Treffusant. Cuando habló de nuevo su voz resultó gangosa, nasal.

—Es un fastidio —dijo—, pero al menos es algo que no se ve. No me gustan estas pequeñas miserias humanas. En fin… ¡Oh!, una cosa, ¿puedo salir de aquí, o esto es una celda para mí?

Había acabado de recogerlo todo, cerró el maletín rojo con florecillas azules, y el negro se adelantó, haciéndose de nuevo cargo de él. Honoré estaba vacilando, y acabó por decir:

—Será mejor que permanezca aquí hasta que haya llegado a una decisión, señorita Montfort. Le enviaré su desayuno y un jersey. Hasta luego.

Los tres hombres salieron del pequeño dormitorio, cerraron la puerta, y afuera se oyó el girar de la llave. Sonriendo despectivamente, Brigitte se acercó a la ventana y frunció el ceño en el acto, con disgusto.

—Ya decía yo que no me gustaba el lugar…

Ante ella, en todas direcciones, sólo había nieve. Nieve y algunos abetos. Abrió la ventana, y un frío seco y casi agradable penetró en el dormitorio. Tuvo que entornar los ojos para protegerlos del cegador reflejo del sol en la nieve. Sin embargo, la presencia de ésta no la desconcertó. Sabía muy bien que en las cercanías de la Costa Azul era posible estar nadando por la mañana en una hermosa playa y acudir por la tarde a esquiar tan sólo cien kilómetros Francia arriba. Siempre y cuando no fuese verano riguroso… ¿Dónde debía estar? ¿Beuil, La Colmiane, Auron, Peira-Cava…? En realidad, no tenía la menor importancia. Estuviera donde estuviera, se hallaba prisionera, no disponía de su pistola, ni siquiera de su maletín, ni de medios de transporte… Y caminar por aquella capa de nieve que debía tener no menos de veinte o treinta centímetros de espesor, sin saber adonde dirigirse, no debía ser precisamente agradable, ni conveniente.

De pronto, casi lanzó una exclamación de alegría al distinguir, a lo lejos, aquellas diminutas manchas suspendidas en el aire: eran personas, que parecían desplazarse sentadas en el aire, sí… Un telesilla. Y la distancia no era tanta que no pudiera llegar hasta allí a pie. Si conseguía alcanzar una de aquellas sillas saltando desde la nieve, llegaría a algún lugar donde podría organizar su contraataque.

Se alzó sobre el alféizar de la ventana, pasó una pierna por encima…

—¡Grrggrrrr…!

Bajó vivamente la cabeza, y sus ojos se desorbitaron al ver la pareja de blancos perros bajo la ventana, abiertas las fauces, mostrando los amarillentos colmillos. Los dos animales gruñían sordamente, fijos en ella sus ojos sanguinolentos. Su pie estaba casi tocando la boca de uno de ellos. La espía palideció, y quedó completamente inmóvil, mientras los dos perros seguían gruñendo, amenazadores. Por fin, muy despacio, fue encogiendo la pierna, y en cuanto pudo saltó de nuevo al interior del dormitorio, cerrando rápidamente la ventana.

Se quedó ante ella, suspirando su espanto, y fija la mirada en las diminutas figuras que ascendían en el telesilla en busca de la cima, para deslizarse luego por la nieve con sus esquíes…

La puerta se abrió en aquel momento, y entraron dos hombres. Uno se quedó junto al umbral, pistola en mano. El otro dejó la bandeja con el desayuno sobre la litera, y se descolgó del brazo un jersey negro, que tendió a la espía.

—Gracias —murmuró Brigitte—. Díganle al señor Treffusant que tendrá mi respuesta en cuanto haya desayunado.

Capítulo VI

—Magnífico —aprobó Treffusant—. Es usted sensata, señorita Montfort. Celebro mucho que haya decidido ponerse de mi lado, y le aseguro que no se arrepentirá.

—Eso espero. No olvide, Treffusant, que me ha prometido el mando del continente norte de América.

—¿Por qué ha de desconfiar? Si realmente es usted Baby, yo salgo ganando —sonrió Honoré—. Sólo espero que no quiera ser demasiado lista. Usted me comprende…

—Desde luego.

—Bien. Y ahora, lo primero que tenemos que hacer es ir a recoger a Número Uno…

—Un momento. He estado pensando en eso, Treffusant, y ya sé por qué Uno rechazó la oferta de Le Fonté: no creía en toda esta historia del Inmovix. Si él hubiera tenido la seguridad de que lo que le ofrecían era cierto, habría aceptado. Lo conozco bien. Y él a mí.

—¿Y bien?

—Cuando yo vaya a buscar a Uno quiero tener la seguridad de que los planes de usted son factibles, y que tanto Uno como yo tendremos ese gran poder que usted nos ofrece.

—¿La seguridad? Escuche, el propio Número Uno está bajo los efectos del Inmovix… ¿Y qué me dice de esos cientos de personas del *camping* La Papillon? ¿No es eso una prueba suficiente?

—Usted no entiende —dijo fríamente Baby—. Yo quiero ver *con mis propios ojos* cómo se utiliza el Inmovix y su auténtica eficacia. Hasta entonces, considere que mi… sumisión a usted es provisional solamente, y, desde luego, no espere que le diga dónde está Número Uno.

—Usted no confía en mí. Cree que sólo estoy intentando engañarla para que me diga dónde está Número Uno… ¿No es así?

Brigitte, sonrió fríamente de nuevo.

—¿Acaso usted sí confía en mí, Treffusant?

—Desde luego —gruñó éste—. Y se lo demostraré. Esta noche asistirá a mi demostración. ¿Es eso lo que quiere?

—Eso, y saber dónde tengo puestos los pies. Si usted exige confianza, yo también. ¿Cómo va a demostrármela? ¿Con palabras?

—Esta noche habrá algo más que palabras —acabó por sonreír Treffusant—. Mientras tanto, si lo que quiere es saber dónde tiene puestos los pies, la explicación es sencilla: en un antiguo albergue para esquiadores, que yo he comprado diciendo que iba a destinarlo a albergue privado de un club de Niza. Estamos muy cerca de Auron…

—¿Puedo ver todo el albergue?

—Yo mismo se lo enseñare, si eso es lo que desea.

—Eso es lo que deseo.

—Muy bien.

Salieron los dos del dormitorio. En el pasillo había dos hombres armados, que miraron inquisitivos a Treffusant, pero éste les hizo una seña, y parecieron desentenderse definitivamente de la espía.

En realidad, había muy poco que ver: varios dormitorios pequeños, y uno grande, común, atestado de literas, en algunas de las cuales había hombres armados, tumbados, leyendo y fumando. En el gran comedor general había más hombres sentados con expresión aburrida, todavía con muestras de sueño en sus ojos. Todos parecían estar esperando algo, pero no parecían interesados por nada.

—Ya lo ha visto todo —dijo Treffusant.

—Todo, no. Hay un cuarto al que no hemos entrado. ¿Por qué?

—Están envasando el Inmovix… Pero está bien. Pediré dos máscaras antigás y entraremos a verlo.

Hizo una seña a uno de los hombres, señalándose el rostro, y el señalado fue a un armario, del cual sacó dos máscaras, dejando ver muchas más que había allí, Treffusant y Brigitte se las colocaron, y fueron hacia el cuarto cerrado. La puerta fue abierta cuando Treffusant llamó con los nudillos, y quedó visible un hombre con bata blanca, que llevaba también una máscara. Había tres hombres más, todos ellos igualmente protegidos de los efectos del gas Inmovix que pudiera liberarse durante el envasado, que se llevaba a

cabo por medio de una pequeña máquina de funcionamiento eléctrico. En aquel momento precisamente, por una rampa metálica de escasísima inclinación se deslizaba una cápsula esférica de plástico, y Treffusant la señaló.

—Ahí tiene uno de los proyectiles. Tiene que adaptársele un pequeño detonador, que hace explosión al segundo de haber sido disparado —su voz sonaba opaca tras la máscara especial—. Entonces, la cápsula estalla, y el gas queda libre. Los efectos de cada ampolla cubren un radio de un cuarto de milla.

—¿Solamente?

—Solamente… por ahora. Le Fonté perfeccionará la potencia más adelante.

—¿Cuál de éstos es Le Fonté?

—Aquél —señaló Treffusant a uno de los hombres—. Ven, Jean. ¡Jean!

Todos alzaron la cabeza cuando Treffusant alzó la voz, y el señalado se quedó mirando al argelino, que le hizo una seña para que se acercara.

Cuando estuvo ante ellos, frunció el ceño. Treffusant señaló a Brigitte.

—Ya te he explicado antes quién es ella, Jean. Baby, le presento al doctor Jean Le Fonté.

Brigitte tendió la mano, sonriendo. El hombre se la estrechó, refunfuñó algo, y volvió a su trabajo, al parecer bastante molesto.

—Discúlpelo —sonrió Treffusant—, los hombres de ciencia son muy peculiares.

—Eso parece —Brigitte señaló hacia la pared, donde se veía un gran cartel de papel vegetal, con una larguísima expresión de símbolos químicos en letras y números claros y grandes—. ¿Qué es eso? ¿La fórmula del Inmovix, quizá?

—En efecto. Es un poco laborioso fabricarlo con tan escasos medios, pero no ha habido otro remedio. A partir de mañana, las cosas cambiarán notablemente. Hasta aquí, todo se ha desarrollado con no pocas dificultades económicas, pero pronto tendremos laboratorios magníficos, aviones… De todo. En poco más de un mes estaremos listos para emprender el gran dominio del mundo. Para entonces, ya se habrá convencido definitivamente de que es mejor estar de mi lado, señorita Montfort.

Brigitte estaba mirando atentamente la fórmula química, en un intento de aprendérsela de memoria… Pero ni siquiera su fabulosa memoria fotográfica podría conseguir aquello en menos de una semana. Imposible de todo punto, así que desistió de ello, y miró a Le Fonté a los ojos.

—Doctor —llamó—. ¡Doctor Le Fonté!

El hombre alzó la cabeza, la volvió, y se acercó mohíno.

—¿Qué desea? —farfulló.

—¿No es arriesgado tener la fórmula del Inmovix aquí, a la vista de cualquiera? Podrían copiarla, y entonces…

—No, no, no —intervino Treffusant—. No es tan fácil hacerlo, créame. Además, todos los hombres que hay en este lugar son de la más absoluta confianza, porque cada uno espera ganar mucho de esto. No hay traidores entre nosotros.

—No sería difícil obtener unas microfotos de esa fórmula —insistió ella.

—Por supuesto. Pero nadie lo hará. Todo está previsto y bien entendido entre nosotros. Todos estos hombres que usted ve aquí están destinados a muy altos cargos mundiales. Igual que Número Uno, fueron seleccionados muy rigurosamente. Hay espías, aventureros de toda clase, policías, militares que dimitieron… Gente bien preparada para todo… Y no tienen la menor intención de traicionarme. Hay mucho para todos.

—Es admirable su ingenuidad, Treffusant.

—No es ingenuidad. Es confianza.

—Está bien, usted sabrá lo que hace… ¿Cómo se disparan las cápsulas dé gas?

—Por medio de escopetas de cañón corto y grueso, parecidas a las pistolas lanza-bengalas. Se dispara la cápsula al aire, y eso es todo. En un segundo, la parálisis hace efecto…

—¿Puedo volver a mi trabajo? —gruñó Le Fonté.

—¡Oh!, sí… Gracias —dijo muy amablemente Brigitte—. Bien, creo que ya lo he visto todo. Sólo queda la demostración final.

—La tendrá a las tres de la madrugada.

A la una de la madrugada llegaron cuatro helicópteros, que se posaron sobre la nieve, cerca del albergue habilitado como cuartel. En éste, una docena de hombres se estaban ya preparando para la acción. Todos vestían de oscuro, y, como armamento llevaban

simplemente una pistola con silenciador. Del cuello colgaba una máscara antigás. Finalmente, se repartieron en grupos de tres, y a un hombre de cada grupo se le proporcionó un rifle especial de cañón corto y una dotación de cuatro ampollas de gas Inmovix.

Por fin, Honoré miró su reloj, hizo una seña a los doce hombres, y todos se dirigieron hacia los helicópteros.

—¿Está lista? —se volvió Treffusant hacia Brigitte.

La espía había estado contemplando en silencio los preparativos, y ahora miraba a la blanca explanada, donde los hombres caminaban hacia los helicópteros. La mitad de la guarnición quedaba en el albergue, tan aburridos como siempre.

—Sí… Estoy lista. ¿Tengo que ponerme ya la máscara?

—No es necesario. Usted y yo iremos en el más grande de los helicópteros, con el grupo correspondiente. Ya le diré cuándo tiene que ponerse la máscara.

—De acuerdo. ¿Adónde vamos?

—Ya lo verá —sonrió Treffusant—. Bien, esto es todo. Creo que llegó la hora de partir.

Salieron del albergue, y Brigitte lanzó un grito cuando los dos blancos perros de grandes fauces aparecieron ante ella, gruñendo. Al parecer, no les resultaba simpática… Pero Honoré les gritó una voz de mando, y los animales se retiraron rápidamente, amedrentados.

La nieve se hundía blandamente bajo sus pies, con ese inconfundible sonido de roce de cristal… Un sonido extraño, que para comprenderlo hay que haber pisado mucha nieve. El cielo estaba despejado, y se veían miles de estrellas. De todos modos, el aire era frío, cortante. Si se dirigían hacia el Norte, pasarían frío. Si, iban hacia el Sur, la temperatura sería mucho más agradable… Brigitte se estremeció bajo los dos gruesos jerseys que le habían proporcionado, y pensó con nostalgia en una playa llena de palmeras bajo el sol tropical.

Un minuto más tarde, no quedaba nadie sobre la nieve. Las aspas de los helicópteros comenzaron de nuevo a girar, prácticamente a la vez, y en pocos segundos los aparatos estaban ya en el aire. Justo entonces, y dándose cuenta de que iban hacia el Sur, la agente Baby supo exactamente adónde iban. Es decir, lo intuyó.

Y tardaría muy poco en comprender que había acertado de lleno.

Capítulo VII

Había volado sobre Mónaco las suficientes veces para reconocerla incluso de noche. Distinguió perfectamente la rada del puerto, con sus luces, y las manchas de los yates surtos allí. A la derecha, la ciudad, con el Palacio Real, iluminado con la discreción que requería aquella hora de la madrugada. A la izquierda, Montecarlo. Y precisamente en Montecarlo era donde destacaba, como una gigantesca luciérnaga resplandeciente, el gran casino, famoso en el mundo entero. A su derecha, las luces del Quai de Plaisance…

Sentada junto a Treffusant, volvió la cabeza hacia éste, y lo vio sonriente, fija en ella su mirada.

—¿Ha comprendido ya, señorita Montfort?

—Buen bocado —murmuró ella, señalando hacia abajo poco después.

—Es sólo una prueba. Después de esta noche, usted no tendrá ya la menor duda de que, prácticamente, todo el dinero y el oro del mundo está a mi disposición. Puedo apoderarme del contenido de las bóvedas principales del Banco de Francia cuando me parezca. ¿Duda todavía?

—No… No, la verdad. Sin embargo, usted insistirá en llevar adelante su plan, ¿no es cierto?

—Claro —Treffusant la miró sorprendido—. No pensará que he organizado todo esto sólo para convencerla a usted. Ya le he dicho que necesitamos mucho dinero.

—¿Cuánto necesita?

—¿Cómo…? Extraña pregunta…

—Puedo poner a su disposición hasta veinticinco millones de dólares, Treffusant.

—¡Magnífico! Su aportación será…

—A cambió de que no emplee ahora el Inmovix.

—¿Está bromeando? —murmuró desabridamente el argelino—.

Tengo ahí abajo una verdadera fortuna, que no pienso desperdiciar.

—Será a costa de la parálisis de más de veinticinco mil personas… ¿Se da usted cuenta?

—Por supuesto. ¿Acaso no está de acuerdo con mis planes?

Brigitte abrió la boca, pero volvió bruscamente la cabeza, y miró a los tres hombres que viajaban con ellos, en el fondo del helicóptero. Los tres la estaban mirando fijamente, con expresión sombría, hostil…

Se pasó la lengua por los labios, sonrió, y murmuró poco después:

—Claro que estoy de acuerdo. Sólo pensaba en que sería conveniente, quizá, que no nos hiciéramos impopulares, Honoré.

—Eso no nos importa. No estamos jugando a ser simpáticos, sino que vamos camino de ser los amos del mundo. Esas veinticinco mil personas serán las primeras en comprender que de aquí en adelante nadie tendrá nada que hacer sin mi consentimiento. Y dentro de un mes, cuando hayamos fabricado el suficiente gas y dispongamos de los aviones necesarios, haremos una pasada sobre la Sexta Flota de la U. S. Navy. Será el verdadero principio de nuestro poder. ¿Tiene algo más que decir?

—No.

—Muy bien. Ya estamos sobre Montecarlo… Y no tenemos por qué perder el tiempo —tocó en un hombro al piloto del helicóptero y se volvió luego hacia los hombres que viajaban atrás—. Avisa por la radio que disparen todos el Inmovix dentro de quince segundos. Prepárate tú, Philippe.

—*Ça je suis preparé*.

—*Bon*. Se cuenta: diez, nueve, ocho, siete…

Todos se colocaron rápidamente las caretas antigás, y Baby no fue precisamente la última en hacerlo. La voz de Treffusant se oía apagada detrás del respiradero especial, y el hombre llamado Philippe se había colocado junto a la ventanilla, y sacaba por ella la mano armada con el corto rifle de cañón grueso.

—Dos, uno…

Philippe apretó el gatillo. Y no pasó nada, al menos, aparentemente. Todo era tan sencillo, tan cómodo, tan fácil…

—Abajo —dijo Treffusant—. Montecarlo es nuestra. Directos al casino.

El piloto pasó las instrucciones por la radio, y los cuatro helicópteros iniciaron el descenso; en pocos segundos, se posaban ante el casino, en los jardines. No se oía absolutamente nada. El alegre rumor que Brigitte conocía de sus esporádicas visitas con Número Uno al fastuoso casino, no existía. En los jardines, había tres hombres vestidos de etiqueta, caídos de bruces. En la gran escalinata, los imponentes porteros yacían, desvalidos, privados de su majestuoso aspecto… Pero Baby iba pensando en el coche que había visto por Quai de Plaisance estrellándose contra una de las palmeras del paseo. Para miles de personas, la vida había terminado de un modo imprevisto, instantáneo. La vida muscular, al menos. Miles de personas, en diferentes actitudes y actividades, yacían ahora inmóviles, y los que estuviesen despiertos se estarían preguntando qué sucedía…, quizá dando órdenes a sus músculos por medio del cerebro. Ordenes que no podrían ser obedecidas.

Montecarlo era una ciudad paralizada. Igual que una rutilante y gigantesca tumba.

En orden, sin prisas, la docena de hombres que obedecían a Honoré Treffusant, habían abandonado ya los helicópteros, y se dirigían hacia el casino, desplegando los grandes sacos de lona.

Cuando Brigitte entró acompañada de Treffusant, la escena no podía ser más estremecedora. Sobre la mesa de los diversos juegos, se veían caídos algunos jugadores, y varios *croupiers*; en el suelo, más personas, que habían resbalado de sus asientos al perder todo control muscular. Hermosas damas ataviadas con lujosos vestidos escotados, caballeros de *smoking*… La luz de las grandes y fastuosas arañas de cristal caía sobre ellos como una burla, haciendo destellar las joyas, algunos ojos abiertos, lentes, gemelos de oro, alfileres de corbata…

—La caja del casino —ordenó Treffusant—. No dejéis más que las monedas de poco valor y las fichas. Ya conocéis las instrucciones.

Siempre con orden, en silencio, con una tranquilidad fruto de su seguridad, la docena de hombres se distribuyó por el casino. Brigitte se había acercado a la ruleta… La bola estaba detenida en la casilla del número catorce. Una seca sonrisa estiró sus labios bajo la careta al ver a uno de los jugadores caído de bruces sobre la mesa, con la

mano con algunas fichas colocadas sobre el número catorce. Buen punto. Sólo que tardaría bastante en cobrarlo.

En el impresionante silencio se oía ahora el tintinear suavísimo de las joyas al ser quitadas de pechos y brazos de mujer. En las ventanillas del cambio de fichas sonaban las monedas de valor al ser empujadas hacia los sacos de lona. Collares, pulseras, sortijas, pendientes, relojes, diademas de brillantes… Todo iba pasando a los sacos. Las billeteras y los bolsos eran examinados rápidamente, y el dinero pasaba también a los sacos: dólares, francos, marcos, pesetas, liras, libras esterlinas…

Sin duda alguna, el más grande despojo jamás realizado. El más perfecto y lucrativo atraco de la historia de la delincuencia. Millones de dólares. Después de aquello, quizá un mes más tarde, quizá incluso en menos tiempo, la Sexta Flota norteamericana quedaría a la deriva en el Mediterráneo. Luego, serían los rusos los que tendrían que convencerse de que la situación no la dominaban ellos. Y los chinos más tarde, sin duda… Brigitte Montfort volvió la cabeza hacia Honoré Treffusant, que permanecía en pie, menudo, delgado, frágil, contemplando a sus hombres. Dentro de muy poco, podrían contarse por millones los hombres que obedecerían al argelino.

¿Tenía sentido lo que estaba ocurriendo?

Honoré Treffusant se acercó a ella, haciendo un amplio ademán que lo abarcaba todo.

—Si hay algo por aquí que merezca su atención, es suyo, señorita Montfort.

—Ya soy multimillonaria, Honoré. No necesito más dinero.

—Pero quizá alguna joya le guste… Disponga de lo que quiera. A partir de ahora, deberá acostumbrarse a ello: todo cuanto desee, lo tendrá. Absolutamente todo. Permítame…

Se inclinó hacia una dama, le quitó el fantástico collar de brillantes, y lo colocó amablemente en el cuello de la espía, sobre el negro jersey grueso. Brigitte permaneció inmóvil, adivinando bajo la careta la sonrisa satisfecha de Treffusant.

—¡Ah…! Perfecto. Perfecto y asombroso, señorita Montfort. En usted, aunque sea sobre un basto jersey, la joya luce mucho más que en esta mujer. Pero usted aún merece más, querida…

Comenzó a deslizarse por entre las paralizadas personas,

arrebatando más joyas. Cuando regresó de nuevo ante Brigitte, tenía las manos llenas de luz… De miles de hermosos destellos de las piedras preciosas. Lentamente, recreándose en ello, fue colocándolas en Brigitte: una diadema fantástica en sus cabellos, pulseras de platino y brillantes en sus muñecas, pendientes fabulosos en sus orejas, varias sortijas en sus dedos…

—Maravilloso… ¡Maravilloso! Aún no había tenido tiempo de decirle cuán bella me parece, y… creo que ha llegado el momento. Jamás vi una mujer tan espléndida, se lo aseguro, señorita Montfort.

—Es usted muy agradable, Honoré. Y debo pedirle que me llame simplemente Brigitte. O Baby. Como prefiera.

—Brigitte… —reflexionó Treffusant—. Me gusta más Brigitte, realmente. Y me pregunto, querida Brigitte, hasta qué punto estará usted dispuesta a servirme a partir de ahora… en todos los sentidos.

—Hasta donde quiera usted…, en todos los sentidos. Pero no olvide su promesa, Honoré: yo gobernaré, en su nombre y bajo sus órdenes en todo el continente norteamericano.

—Por supuesto. Y espero que nos veremos muy a menudo. No soy ya joven, querida mía, pero, cuando… me sienta joven, espero contar con su compañía… cariñosa y dulce. ¿Sabe?; yo también deberé acostumbrarme a tener… amistad con la mujer más hermosa del mundo.

—Le ayudaré a acostumbrarse —prometió ella—. No será difícil.

Honoré asintió con la cabeza, y se alejó hacia un par de sus hombres, dándoles instrucciones sobre la marcha; instrucciones que, ciertamente, no precisaban, pues estaban realizando el despojo a conciencia, sin olvidar nada de auténtico valor.

En quince minutos más, el casino de Montecarlo quedó prácticamente vacío de todo lo que pudiera convertirse en dinero con facilidad. Los hombres de Treffusant se reunieron en el lujoso vestíbulo, cada uno de ellos cargado con un saco que estaba repleto de dinero y joyas. Desde el suelo, cara al techo, varias personas debían estar desesperadas y aterradas, pero incapaces de proferir un gemido. Cuando salían todos del casino, Brigitte miró los ojos de varias de aquellas personas. Igual que Número Uno, parecían no ver nada, no oír, no sentir… ¿Cuánto les duraría aquello? ¿Qué pasaría después? ¿Quedarían inválidos? ¿Quedaría inválido, parcialmente

paralítico, aquel gigante bronceado y fuerte como cuatro hombres, cuyo nombre de guerra era Número Uno?

—*C'est tout!* —alzó la voz Treffusant—. ¡Volvemos a casa!

Capítulo VIII

En el albergue, nadie se sorprendió demasiado por el éxito de la misión, ni hubo muestras excesivas de entusiasmo. Los sacos fueron examinados por todos, desde luego, y Treffusant se encargó de repartir billetes a todos sus hombres, algunos de los cuales se quedaron con relojes o sortijas, tranquilamente. Aun así, lo que quedó finalmente constituía una fortuna fabulosa. Los repletos sacos de lona fueron depositados en uno de los dormitorios individuales, y las caretas antigás y los rifles de cañón corto regresaron al armario que servía de armero, en el comedor general. Tres de los helicópteros marcharon, llevándose en uno de ellos al piloto del cuarto helicóptero, que quedó sobre la nieve. Tenían órdenes de adquirir tres helicópteros más, con parte del dinero tan fácilmente conseguido, y uno más grande, que transportaría a la noche siguiente, con los sacos del botín, a Honoré Treffusant a Argelia, al lugar donde pensaba instalarse para, desde allí, regir el mundo.

Eran casi las cinco de la madrugada cuando Honoré Treffusant se encaró por fin a Brigitte, que asistía impávida a todas las órdenes y disposiciones.

—¿Y bien, Brigitte? ¿Cree que su relato de los hechos podrá convencer a Número Uno para que se una a nosotros?

—Desde luego. Yo me encargaré de convencerlo, Honoré.

—*Magnifique!* ¿Dónde está? Tres de mis hombres irán a recogerlo con el helicóptero que ha quedado aquí.

—¿No podría ir yo con ellos?

—Mejor que no. No quiero exponerme a que le ocurra algo, querida… ¿Dónde está Número Uno?

Brigitte pareció vacilar. Finalmente, murmuró:

—Fue llevado a Jean-les-Pins.

—¿Tan cerca? Bueno, tanto mejor… ¿Exactamente dónde, de Jean-les-Pins? Uno de mis hombres conoce bien esa localidad.

—En una pequeña villa que Uno tiene siempre alquilada allí. Está en el 23 de Boulevard Baudoin, frente a la playa.

Treffusant llamó con una seña a uno de sus hombres y los dos estuvieron cuchicheando unos segundos, apartados. El hombre asentía, y de nuevo se volvió Treffusant hacia la espía.

—¿Quién está con Número Uno?

—Solamente su criada. Yo lo decidí así, pues no quería que llamasen la atención. Quizá esté con ellos el doctor Tafferwer, pero lo más probable es que se haya instalado en un hotel discreto, ya que sería muy molesto que periodistas o curiosos pudieran reconocerlo y obtener conclusiones respecto a la persona que ocupe la villa… Quiero pedirle un favor, Honoré.

—*Mais oui, ma petite!*

—La criada de Número Uno, *mamma* María, lleva mucho tiempo viviendo con él, y Número Uno la tiene en mucha estima. Les ruego que no le hagan ningún mal, para que ella pueda volver a la residencia fija de Uno… Es una buena mujer.

—Entiendo. Y no debe preocuparse por ella: mis hombres la respetarán en todos los sentidos. No queremos disgustar a Número Uno lastimando a una persona que él estima tanto. Bien, muchachos: vayan a buscarlo cuanto antes.

Tres hombres salieron del albergue, y poco después se oía el rumor del helicóptero, elevándose. Se fue perdiendo el sonido, lentamente…

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró Brigitte.

—Dormir —sonrió Treffusant—. Ellos tardarán tres horas, aproximadamente. Calculo que llegarán al amanecer. Hasta entonces, todos nos hemos ganado un buen descanso. Es todo, muchachos.

Los hombres se retiraron a sus dormitorios, la mayor parte de ellos al común, dispuestos a ocupar las literas montadas unas encima de otras. Treffusant tomó a Brigitte del brazo, sonriendo, y ambos se dirigieron al dormitorio asignado a la espía. Entraron los dos, y Honoré se quedó mirándola, sonriendo extrañamente.

—Que descanse, *ma petite*.

—Hasta luego…

Treffusant salió del dormitorio, cerrando la puerta. No se oyó el girar de la llave, esta vez. Brigitte esperó unos segundos. Luego fue

a la ventana, la abrió, y se asomó... En el acto, sobre la blanca nieve destacaron dos manchas, menos blancas, y los sordos gruñidos llegaron hasta ella; en la oscuridad del exterior relucieron dos pares de ojos, como impregnados de fósforo. Salir por allí, sin ninguna arma, era simplemente un escalofriante suicidio. Y salir por la puerta no lo debía ser menos, había dos docenas de hombres armados en el albergue-cuartel. Y ella no tenía ni siquiera una lima de uñas.

Ya apagada la luz, se tumbó en la litera, colocando las manos bajo la cabeza. Tenía que pensar algo... Desde luego, no disponía de mucho tiempo, ya que al amanecer regresarían los tres hombres del helicóptero, con la noticia de que Número Uno no estaba en el 23 del Boulevard Baudoin de Jean-les-Pins... En cuanto a Honoré Treffusant, no era probable que estuviese jugando limpio, y tarde o temprano querría darle un disgusto que ella no estaba dispuesta a permitir...

La puerta del dormitorio se abrió de pronto, la luz fue encendida en el acto, y la inconfundible figura de Honoré Treffusant quedó en el umbral. Brigitte se incorporó vivamente, muy abiertos los ojos. Durante unos segundos, estuvo contemplando fijamente a Honoré, que llevaba puesta una careta antigás, y tenía en las manos uno de los fusiles de cañón corto. Detrás de él había dos hombres, también provistos ambos de careta contra el gas.

Por fin, lentamente, Brigitte se tendió de nuevo en la litera, sonriendo con frío sarcasmo.

—Debí figurármelo —musitó—. Juego sucio, ¿no es cierto?

—Así es, querida —sonó apagada la voz de Honoré—. Juego sucio. Y le diré por qué: ni usted ni Número Uno me serían fieles.

—Ya le dije que sí, Honoré.

—Eso es lo que dijo usted, pero no lo que dijo él cuando lo entrevistó Jean Le Fonté. Y entre creer a Número Uno, que estaba en situación ventajosa, o creerla a usted, que me ha hecho promesas estando en muy mala situación, le creo a él. Jean me explicó que se había equivocado con Número Uno... Dijo que era un hombre muy duro, frío, implacable... pero que jamás aceptaría una situación como la que nosotros vamos a crear en el mundo. Se equivocó respecto a la posible ambición de su amigo, Brigitte.

—No sabe cuánto me alegra oír eso —sonrió Brigitte.

—Es cosa suya. En cuanto a usted, al decirme que era igual que Número Uno, comprendí que sólo estaba haciendo su jugada. Usted, igual que Número Uno, sólo esperarían una oportunidad para derrotarme. Los dos tienen una mente fría y lúcida, pero poseen demasiada integridad para unirse a mí en esta conquista del mundo. Ha querido usted engañarme, querida, y yo le seguí el juego, que me resultó divertido, y, al final, me dijo de buen grado dónde está Número Uno. ¿Sabe que mis hombres tienen orden de matarlo en cuanto lo encuentren?

—Jamás se me habría ocurrido sospechar tan sucia jugada por parte de usted, Honoré —sonrió de nuevo Baby.

—Me agrada su sentido del humor. Me agrada todo, en usted… Pero si es realmente Baby, y yo creo ya que sí lo es, resulta demasiado peligrosa para un anciano como yo, así que he decidido suprimir toda posible reacción suya contra mis… atenciones.

—Entiendo. Lo pasará bien conmigo, a su manera. Luego, ya que sólo Número Uno le conoce, y él estará muerto, podrá marcharse tranquilamente a Argel, para iniciar ya con auténtica envergadura, todos sus magníficos planes.

—En efecto. No es bueno dejar atrás a un enemigo de la talla de Número Uno, compréndalo.

—Honoré, voy a hacerle un favor: déjeme marchar y apresúrese a desaparecer para esconderse lo mejor que pueda de mí y de Uno.

La burlona risa de Honoré Treffusant quedó parcialmente ahogada bajo la careta. De pronto, apuntó hacia el techo el corto rifle, y apretó el gatillo. Se oyó un crujido contra la madera, y, al segundo siguiente, Brigitte, que se había incorporado un poco, caía hacia atrás, y quedaba inmóvil sobre la litera, abiertos los grandiosos hermosísimos, luminosos ojos azules. Treffusant se acercó a ella, le tomó una mano, la alzó, y la soltó… La mano de la divina espía cayó inerte, como si estuviese muerta. A continuación, el argelino extrajo un alfiler, y pinchó con él a Brigitte, en un muslo, pero mirando fijamente los fantásticos ojos azules. No hubo en ellos ningún cambio de expresión, ni hubo en la pierna la más insignificante reacción al dolor.

—Traed los perros —ordenó Treffusant, siempre mirando a la espía.

Tampoco observó cambio alguno en ella. Los perros fueron

traídos. Llevaban sus cabezas metidas dentro de una especie de bolsa de piel a la cual se había acoplado el filtro antigás. Treffusant abrió la ventana, estuvo un par de minutos mirando su reloj, y entonces la volvió a cerrar. A una seña suya, les fueron quitadas las caretas a los perros, que se acercaron a Brigitte, rugiendo sordamente a su alrededor, oliendo sus manos inertes, sus pies, olfateando su rostro, echándole el cálido aliento fuerte, jadeante. Brigitte Montfort no se movió, pero su rostro perdió ligeramente el color, y Treffusant, tras quitarse la careta, se echó a reír.

—¡Ah, *ma petite*…! Ciertamente, no puede moverse, pero sí puede ver y oír y se da cuenta del peligro… Ha palidecido usted, querida. Pero no se preocupe: los perros no le harán el menor daño. Lleváoslos… Y podéis ir ya a dormir. Yo me quedaré aquí con nuestra invitada.

Los dos hombres armados se habían quitado también las caretas. Miraron sonriendo hoscamente a Treffusant y luego a Brigitte, y acabaron por encoger los hombros. Los dos perros fueron retirados del dormitorio, y la puerta cerrada. En el dormitorio quedaron solamente el argelino y la espía más peligrosa del mundo. Treffusant se sentó junto a ella, en el borde de la litera, sonriendo.

—Esta va a ser una experiencia muy interesante para los dos, Brigitte —susurró—. Muy interesante. En verdad, me gustaría llevármela conmigo a Argel, para que fuese la… mujer principal en mi harén, pero, lamentablemente, no puedo confiar en una espía de su fama. Es una lástima que tanto Número Uno como usted tengan esa integridad personal tan… admirable. Conmigo, habrían sido tan poderosos… Me está oyendo, ¿no es cierto?

Por supuesto, la divina espía ni siquiera parpadeó. Honoré se echó a reír.

—Sí… Una experiencia muy interesante para los dos, querida Brigitte… Es lástima que jamás podrá contarla a nadie. Aunque, seguramente, no la creerían. ¿No es admirable el invento de Le Fonté? Admirable, admirable… Naturalmente, él será tan poderoso como yo. Se lo ha ganado. Podría eliminarlo, pero yo no soy de ésos. Me gusta ser fiel a mis amigos. Y, además —volvió a sonreír—, nunca se sabe qué más cosas se pueden esperar del genial cerebro de Jean Le Fonté, empezando por dar mayor potencia de expansión al Inmovix… Pero ¿por qué estoy perdiendo tanto tiempo? Desde

que la vi, mi vieja sangre sufrió una gran alteración, y deseé una situación como ésta. Empezaré por besar su fresca y hermosa boca, querida. Si la molesto, dígamelo…

De nuevo se echó a reír, inclinándose hacia Brigitte. Puso sus labios en los de ella, y, al instante, notó un movimiento bajo él. La sorpresa fue tal que durante un instante quedó en verdad paralizado. Y cuando quiso incorporarse, ya era tarde: un dogal de suavísimo acero parecía haberse cerrado en torno a su cuello. Quiso gritar, pero aquellos dedos de acero y seda apretaron, y de la boca del argelino no brotó ni siquiera un gemido, mientras su oscuro rostro se oscurecía aún más.

—Efectivamente, Honoré —oyó el amable susurro—: me está molestando. Y eso no me gusta.

Treffusant se lanzó entonces a la lucha. Es decir, quiso hacerlo, quizá considerando que su posición sobre la espía era ventajosa… Igual de ventajosa que puede resultarle a cualquiera estar encima de una pantera panza arriba. Exactamente igual.

Apenas intentó la pelea cuerpo a cuerpo, Brigitte se incorporó de la litera, empujándolo, y sin quitar sus manos del cuello del argelino, apretando de modo que ningún sonido podía escapar de la boca de éste. Treffusant se debatía desesperadamente, pero Baby alzó una pierna doblada, clavando un feroz rodillazo en el vientre del viejo mestizo, que inmediatamente se relajó. Sus ojos desorbitados, llenos de terror, estaban fijos en los de la espía, que sonreía de un modo helado.

—Punto número uno —murmuró ella—: ya soy demasiado correosa para fiarme de nadie, Honoré. Punto número dos: los tapones de gasa que me puse en la nariz no son para mis mucosas irritadas, pues soy una jovencita muy sana; la gasa con que confeccioné esos tapones es especial, está impregnada de una sustancia antigás; pero, además, puse un compuesto químico poroso que absorbe gases de mayor potencia; siempre llevo esa clase de juguetes conmigo. Punto número tres: nadie va a encontrar a Número Uno en Jean-les-Pins por la sencilla razón de que él no está allí. Punto número cuatro: yo, la agente Baby, voy a destruir completamente su organización que apenas está en embrión. Y punto número cinco: voy a empezar esa destrucción estrangulándole a usted. Adiós, Honoré.

El argelino se estremeció, se crispó, se debatió con tanta fuerza obtenida de la desesperación, que consiguió apartar una mano de las que apretaban su cuello. Inmediatamente, abrió la boca, dispuesto a gritar, si podía… Pero nunca llegó a saberlo. Aquella mano que él había conseguido apartar de su cuello cayó sobre su cabeza, de canto, en el centro del cráneo, con una fuerza espantosa. Se oyó un crujido, Honoré puso los ojos en blanco… y quedó colgado de nuevo de las dos manos de la agente Baby. Sólo que esta vez, Honoré ya no podría resistirse a nada.

Brigitte lo arrastró hasta la litera, lo tiró encima, y respiró profundamente. Durante unos segundos estuvo contemplando el cadáver del argelino, frunció el ceño, pensando que Treffusant había conseguido desbaratar uno de sus puntos: no lo había estrangulado, sino que había tenido que matarlo de un golpe de karate… Miró el reloj de Treffusant, y su ceño se frunció aún más. Tenía que esperar.

Capítulo IX

Una hora más tarde, tras apagar la luz, abrió cuidadosamente la puerta del dormitorio, tras haber estado escuchando a través de la madera… Cuando salió al pasillo, los ronquidos llegaron más fuertes a sus oídos, en un concierto desagradable: dos docenas de hombres se lo estaban brindando a la más peligrosa y astuta espía jamás nacida.

No había encendida ninguna luz, pero no la necesitaba. Por el contrario, lo prefería así. Conocía perfectamente la distribución del albergue, de modo que llegó sin un tropiezo al gran comedor común. Tanteó hasta localizar una de las redondas mesas, y pasó las manos por encima, despacio, hasta encontrar uno de los estuches de cerillas. Con él en una mano, caminó, siempre en la más completa oscuridad, hacia el armario donde se guardaban los rifles de cañón corto, que no le interesaban ni poco ni mucho, ya que tenía el de Honoré Treffusant. Abrió el armario, encendió una cerilla, y a su luz vio perfectamente alineadas las caretas antigás. No sabía su número exacto, pero debían estar todas allí, ya que no era probable que aquella gente durmiese con tan molesto adminículo colocado en el rostro. También parecía que estaban allí todas las caretas, dado su número.

Pero no era esto lo que buscaba, sino las cápsulas del gas Inmovix, que también sabía dónde eran colocadas en cuanto salían del laboratorio. Apagó la cerilla, y de nuevo a oscuras dirigió sus manos hacia la caja metálica. La asió, y la colocó en el suelo, quedando acuclillada. Encendió otra cerilla, destapó la caja, y tomó una de las esferas, que introdujo en el rifle de Treffusant. Vaciló, lo dejó en el suelo, apagó la cerilla, y se quitó los tapones antigás que se había colocado aquella mañana. Era mejor no abusar más de ellos. A tientas de nuevo, se colocó una de las caretas. Luego, recogió el rifle, abrió una ventana, y se asomó… En el acto, debajo

de ella, oyó el gruñido de los perros.

Sonriendo bajo la máscara, la agente Baby alzó el rifle de modo que apuntase hacia el techo, y apretó el disparador. Se oyó el crujido del plástico al reventar.

Luego, el silencio.

El silencio más absoluto.

Ya no gruñían los perros afuera, ni roncaban los hombres en sus literas. Silencio sepulcral. Volvió a mirar afuera, y vio a los perros tendidos sobre la nieve, inmóviles. Después, encendió la luz del comedor, y fue a los dormitorios, encendiendo todas las luces, sin la menor preocupación, y dirigiendo indiferentes miradas a los paralizados personajes. Casi treinta hombres en total, contando a los del laboratorio, habían quedado bajo los efectos del gas Inmovix.

Cinco minutos más tarde, después de abrir varias ventanas, se quitó la careta, y sonrió satisfecha. Se dijo que lo primero que tenía que hacer era buscar su maletín, que encontró en uno de los dormitorios individuales, sin duda, el perteneciente a Honoré Treffusant… El difunto Honoré Treffusant. Asió su pistolita, le dio un sonriente beso, y se la colocó en el muslo izquierdo, sujetándola con la consabida tira de esparadrapo color carne.

—*Voilá!* —exclamó, risueña—. ¡De nuevo en funciones, querida!

Fue de nuevo al comedor, llevando una de las mantas de la litera de Treffusant. La extendió en el suelo, y colocó sobre ella todas las ampollas del gas Inmovix, sueltas. De su maletín, sacó una carga de plástico, que colocó también en la manta, lista para ser detonada en cuanto ella quisiera. Anudó la manta, la colocó sobre una mesa, y dejó también allí su maletín, del cual sacó la cámara fotográfica. Fue al laboratorio, encendió la luz y tomó varias fotografías del gran cartel de papel vegetal, en el cual estaba claramente escrita la fórmula del Inmovix. Luego, arrancó el cartel, lo dobló en cuatro y regresó al comedor, tarareando la Marcha Triunfal de *Aída*, y sonriendo al pensar que Miky Grogan todavía debía estar gruñendo contra ella por haber abandonado la representación sin avisar a nadie… Metió la fórmula y la cámara fotográfica en el maletín, miró a su alrededor, y sonrió más ampliamente.

—¡Bueno! —exclamó—. ¿Qué hago yo ahora? ¡Oh!, sí… Tengo

que asegurarme de mi sospecha. No puedo arriesgarme a ser injusta con el buen Emil Duvalier.

Buscó en los dormitorios hasta identificar a los cuatro químicos más por sus batas blancas colgadas muy cerca de la puerta que por sus rostros, ya que no los había podido ver por la mañana debido a que trabajaban con la careta antigás puesta. Uno a uno, fue examinando aquellos rostros inertes, con gesto perplejo. Luego, fue al armario, que al parecer compartían los cuatro químicos, lo abrió, y comenzó a registrarlo, de aquel modo tan personal, tan elegante, sin alterar nada, sin causar desorden ni estropicio. Encontró dinero, tabaco, documentos personales, libros, libretas llenas de fórmulas químicas… que se apresuró a colocar bajo su custodia personalísima, mudas de ropa… Luego, se acercó a una de las estufas de butano, y con tranquila parsimonia, procedió a ir arrancando hojas de aquellas libretas y colocarlas ante las estufas. Primero se ponían de color dorado, luego marrón…, y de pronto, se convertían en una llama. En pocos minutos, las libretas con notas, y muchos apuntes más que encontró en el laboratorio, fueron destruidas.

Finalmente, tras cerrar todas las ventanas, y empujar una de las estufas hacia su dormitorio, se encaramó a la litera de encima, se tendió placenteramente, y se quedó dormida en un segundo.

En cuanto el sonido del helicóptero llegó hasta el albergue, la agente Baby abrió los ojos, se sentó en la litera, y miró la ventana. Estaba amaneciendo.

Como si aquellas dos horas y pico hubiese estado despierta, alerta, completamente despejada, Baby saltó al suelo dirigió una mirada al ya rígido *monsieur* Treffusant, y luego se acercó a la ventana. Miró hacia el cielo, y sonrió al ver el helicóptero, acercándose rápidamente.

Fue al comedor, tomó el rifle que había dejado cargado con una ampolla de Inmovix, se colocó una careta, y se acercó a la ventana. Pocos segundos después, el helicóptero se posaba sobre la nieve, que tenía un bellísimo, extraordinario tono sonrosado, debido a los rayos del sol naciente. Un bellísimo paisaje, con los abetos al fondo.

—Lo admito —murmuró Baby—. Pero a mí, que me envíen al Trópico. ¡Oh!, queridita, ahí los tienes…

Observó a los tres hombres que habían saltado del helicóptero, y

que caminaban ya hacia el albergue, silenciosos, sombríos…, fracasados, en fin. Apuntó hacia el cielo el rifle, apretó el gatillo, y, un segundo después, veía caer a los tres hombres, de bruces como fulminados. Tiró el rifle a un lado, recogió el paquete hecho con la manta llena de ampollas de gas Inmovix, y su maletín, y salió del albergue. Segundos después, pasaba junto a los tres paralizados sujetos, sin dirigirles ni siquiera una mirada.

Subió al helicóptero, examinó brevemente los mandos, los aparatos de control e indicadores, especialmente el del combustible, y lo puso en marcha. Cuando ya estaba volando, se tocó la frente con dos deditos, enviando un saludo hacia el albergue y sus ocupantes.

—*Ciao, bambinos!* —rió.

Diez minutos más tarde, en un pequeño valle cuyo lecho tenía un considerable espesor de nieve, arrojaba por la ventanilla el paquete hecho con la manta, después de accionar el detonador… Mientras el paquete caía, se dio una vuelta por encima. Y apenas había llegado a la nieve del fondo cuando la manta estalló en mil pedazos, no dejando ni rastro del tejido ni de ampollas de gas Inmovix, que se esparció por aquel solitario y bello valle nevado inofensivo.

Finalmente, ya lejos de allí, la agente Baby se quitó la careta, la tiró al fondo del helicóptero, y consultó el reloj que le había quitado a *monsieur* Treffusant.

Llegaría a una buena hora para ser invitada a desayunar.

Capítulo X

Cuando saltó del helicóptero, en el jardín de la villa, Emil Duvalier la estaba ya esperando en el pórtico. Hacía un hermoso día, y a lo lejos se veía el azul del mar, confundiéndose con el horizonte. Unas manchitas blancas lo sobrevolaban, y la reina absoluta del espionaje sonrió. Cuando llegó ante el petrificado Emil Duvalier, todavía sonreía, y señalaba hacia atrás por encima de un hombro.

—No sé si usted tiene tan buena vista como yo, doctor, pero le aseguro que aquellas manchitas blancas en el cielo son gaviotas. ¡Oh!, buenos días…

—¿De… de dónde sale usted…?

—He estado con unos amigos. ¿Lo han molestado a usted?

—No, no… Jean estuvo a verme, y me… me dio una serie de confusas explicaciones… Me dijo que era mejor que lo olvidase todo, si no quería que perdiese su amistad. Le pregunté por usted, y como me dijo que estaba bien…

—Pues, ya ve que el buen doctor Le Fonté no mintió. Estoy perfectamente, amigo Duvalier. ¿Podría desayunar algo?

—¿Eh…? ¡Ah! ¡Oh, sí, por supuesto…!

—Magnífico. Entremos… ¡Oh!, una pregunta: ¿todavía sigue pensando que podría hacer algo por esa gente paralizada si tuviera la fórmula del gas Inmovix?

—¿Inmovix?

—Ese es el nombre del gas. ¿Podría hacer algo, si le entregó la fórmula?

—Pues, creo que sí, desde luego…

—Venga conmigo.

Entraron en la casa, y Brigitte se dirigió al *living*. Se sentó en un sillón, y señaló otro a Duvalier, que se sentó como un autómata. La espía sacó el gran cartel de papel vegetal de su maletín, lo desplegó, y lo colocó, sonriendo, ante los ojos de Duvalier.

—*Voilà!* —exclamó—. *Ici la formule du gaz Inmovix!*

Emil Duvalier quedó como si hubiese recibido un mazazo en plena cabeza, y tardó algunos segundos en reaccionar.

—¿Cómo ha podido conseguir esto…?

—Ya le dije que era una espía, *mon ami*. ¿Y acaso no es obligación de los espías conseguir fórmulas secretas y cosas así?

—Parece imposible… ¿Dónde ha dejado a Jean? ¿Qué le ha ocurrido a él?

—Pues… Bueno, a Jean Le Fonté todavía no le ha ocurrido nada, pero le ocurrirá muy pronto, mi buen Emil. ¿O debo llamarle mi buen Jean?

—¿Cómo? —musitó Duvalier, lívido de pronto.

—Había cuatro hombres en el laboratorio del albergue. Uno de ellos fue señalado por Honoré Treffusant como si fuese Jean Le Fonté, pero el hombre no parecía saber que hablaban de él. Luego, examinados algunos documentos personales, comprobé que ninguno era Jean Le Fonté. Tampoco había allí ninguno que se llamase Emil Duvalier, claro. Entonces, en la reunión de químicos, faltaban Jean Le Fonté y Emil Duvalier. Pero, aquí abajo sólo había uno de ustedes. Y entonces, me pregunté el último detalle: ¿es lógico que desaparezca Jean Le Fonté, y que, en cambio, su amigo Emil esté en la villa de Antibes, trabajando a solas en el laboratorio? La respuesta fue negativa. Era más lógico que el pobre Emil hubiese desaparecido, víctima de lo mucho que quizá había llegado a saber sobre el gas Inmovix, y que fuese Jean Le Fonté quien estaba en esta villa, trabajando para dar mayor poder de expansión al gas. Entonces, llegué a la conclusión final: el buen Duvalier fue asesinado, tirado quizá al mar, o enterrado por ahí. Y cuando Jean Le Fonté, hace dos noches, se encontró amenazado por una desconocida, su inteligente cerebro le dio una solución: decir que él no era Jean Le Fonté, sino Emil Duvalier. Y como yo no conocía a ninguno de los dos, pues quedé como una tonta. ¿Cierto, doctor Le Fonté?

Emil Duvalier tragó saliva, y acabó sonriendo penosamente.

—Es usted muy lista, *mademoiselle*…

—Eso dicen. Ahora, Le Fonté —la mirada de la espía pareció congelarse—, va a decirme si existe o no existe posibilidad de conseguir un antídoto, o lo que sea, contra el Inmovix. Sin tonterías,

sus amigos están perdidos, y no debe esperar ayuda de nadie…

—¿Está segura? —dijo una voz detrás de Brigitte.

La espía quedó petrificada un instante. Luego, volvió la cabeza hacia la puerta del *living*, que quedaba a su costado izquierdo. Vio a un hombre en pijama, pálido el rostro, desgreñado; por el abierto pijama se veía el blanco vendaje que rodeaba su pecho. Pero lo que más se veía de él era la pistola que empuñaba con mano suficientemente firme.

—Será mejor que no se mueva, *mademoiselle* —sugirió con voz fría Le Fonté.

—¿Quién es ese hombre? —murmuró Brigitte.

—Se llama Sacha. Es uno de los tres que hace unas noches salieron para matar a Número Uno, pero éste le hirió. Luego, los otros dos, que usted mató, ¿los recuerda?, dispararon una ampolla de Inmovix, y, como se olvidaron de colocarle una careta el buen Sacha, lo he tenido estos días herido y paralítico en un dormitorio de arriba. Afortunadamente —sonrió secamente el científico—, parece que Sacha se ha repuesto. Y en un momento muy oportuno. ¿Qué ha pasado, Sacha? ¿Qué sientes?

—Nada, doctor —aseguró Sacha—. Hace un poco oí la llegada de un helicóptero que me despertó. Sin acordarme de que estaba paralítico, quise acercarme a ver quién llegaba… Y cuando me di cuenta estaba junto a la ventana. Hasta grité de alegría… ¿No me oyeron?

—Por suerte para mí, no.

—¿La mato? —sonrió Sacha.

—Desde luego. Pero no todavía. Antes, la señorita Montfort tiene que decirme qué ha ocurrido en el albergue. ¿Cómo ha podido escapar de allí?

—Soy tan escurridiza como una serpiente —sonrió despectivamente la espía.

—Muy ingeniosa. ¿Qué pasó allá arriba?

—Los eliminé a todos utilizando justamente su formidable invento, doctor.

—No es posible.

—Querido, usted no debe resistirse a admitir realidades como ésta: ¿acaso no estoy aquí? No es fácil controlarme a mí, doctor Le Fonté. Pero está olvidando algo que es muy importante.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—Usted conoce a Número Uno, ¿no es cierto?

—Sí. Le recibí hace algunas noches. Fue… inesperadamente testarudo. Un error por nuestra parte, que fue… subsanado.

—¿Eso piensa? Está ofuscado, *monsieur le docteur*, ¿acaso no está viendo a su amigo Sacha en pie, libre de todos los efectos del gas Inmovix?

—¿Cree que Número Uno también está curado ahora de la parálisis?

—¡Por supuesto! Pero hay algo más: entre Número Uno y su amigo Sacha no hay comparación posible. Número Uno es diez veces más fuerte.

—¿Y bien…?

—Sacha se ha recuperado hace unos minutos, al parecer. Lo cual quiere decir que Número Uno hace horas que debió recuperarse. ¿Recuerda a la cobaya que murió? Le faltó resistencia, simplemente. Pero a las personas no les falta esa resistencia de tres o cuatro días de parálisis. La cobaya murió, Sacha se recuperó hace unos minutos… Pues bien: Número Uno ya debe estar camino de Antibes. No tardará en llegar.

—¿De veras tiene esa esperanza? —preguntó sarcásticamente Le Fonté.

—De veras. Le diré lo que pasará en cuanto él llegue: los mataremos a ustedes dos, nos prepararemos un buen desayuno, y mientras lo tomamos, esperaremos a *monsieur* Nez, un jefe del Deuxième Bureau, buen amigo mío, aunque él no quiere admitirlo. Sí… Eso haré. *Monsieur* Nez debe estar ahora, casi seguro, en compañía del comisario Diderot… En la comisaría, por supuesto, los dos tirándose de los cabellos por lo sucedido en Montecarlo esta madrugada. Los tranquilizaré, les diré que todo lo que hay que hacer es esperar unos días, les diré dónde está el botín robado en el casino… ¡Perfecto! ¿Se imagina? Alfred Diderot se convertirá en el comisario más famoso de Francia por haber recuperado lo robado en el casino, y *monsieur* Nez seguramente será ascendido un escalafón más en el espionaje y contraespionaje francés, sobre todo cuando él explique que unos chiflados querían convertir Francia en una colonia de Argelia. Entonces, yo tendré un amigo todavía más poderoso que antes en el Deuxième Bureau, y otro muy buen amigo,

el amable Alfred Diderot, en la policía francesa… Les diré que no me mencionen: toda la gloria para ellos. Estarán contentos, contentísimos, y me querrán mucho… Entonces, Número Uno y yo nos iremos a Villa Tartaruga, donde ya debe estar esperándonos *mamma* María con una de sus suculentas comidas… Y colorín colorado, el cuento habrá terminado. ¿Le ha gustado?

—Mucho. Pero más que un cuento, me ha parecido un sueño, señorita Montfort.

—¿Un sueño? No, no, porque los sueños, sueños son, y en cambio, lo que yo he…

Ya no podía abusar más de la fascinación que estaba ejerciendo en los dos hombres. Había llegado el momento, y, todavía con la última palabra en la boca, la agente Baby saltó contra Jean Le Fonté, apartándose así de la posible trayectoria de las balas que disparase el herido y ex paralítico Sacha. El cual, ciertamente, no fue remiso a la hora de apretar el gatillo.

¡Plop!

La primera bala pasó por encima de la cabeza de Brigitte, que cayó como una fiera sobre el aterrado Jean Le Fonté, volcó el sillón, y ambos rodaron por el suelo, con tal habilidad por parte de Baby, que al finalizar el giro ella tenía a Le Fonté delante, sujeto por la garganta con un brazo, y con las piernas cruzadas ante su vientre, en una presa feroz desesperada…, mientras llevaba la otra mano al muslo, en busca de la pistola de cachas de madreperla…

¡Plop!

El segundo disparo tuvo unos resultados en verdad sorprendentes: mientras se oía el ruido de cristales rotos, la parte superior de la cabeza de Sacha estalló violentamente, y el herido saltó hacia atrás, en un giro espeluznante, como arrancado del suelo por un huracán.

Le Fonté volvió a chillar su espanto, y Brigitte, reaccionando rápidamente, lo apartó de sí, empujándolo con fuerza. Se puso en pie, ya pistola en mano, y su mirada fue hacia la puerta-ventana que daba al jardín, donde un gigante bronceado, con pantalones blancos y jersey negro de cuello alto, estaba acabando de romper, tranquilamente, los cristales, para entrar en el salón, inclinándose.

—Uno —musitó Brigitte—. ¡Uno, querido…!

El mejor espía masculino de todos los tiempos ni siquiera la

miró. Sus ojos, como los de una fiera de presa, siguieron la trayectoria reptante de Jean Le Fonté, que al fin llegó adonde había caído la pistola de Sacha, la empuñó, se volvió…

Plop.

Jean Le Fonté chilló una vez más. Pero ya no volvería a hacerlo. A menos que los cadáveres con una bala en el corazón tengan todavía fuerzas para gritar… o para cualquier cosa.

Entonces sí, Número Uno miró a Brigitte.

—¿No te estás volviendo un poco descuidada, Baby?

Brigitte emitió un grito, dejó caer la pistola, y corrió hasta incrustarse entre los brazos del espía, gimiendo y riendo a la vez.

—Uno, estás bien… ¡Estás curado, y has venido a ayudarme!

—¿Por qué tanta sorpresa? Escuché tu cuento, y me pareció muy bonito… y muy exacto. Sólo que yo no estaba volando hacia aquí, sino que ya estaba aquí. Te vi llegar.

—¡Ni yo misma puedo creerlo! ¡Expliqué un cuento y se ha convertido en realidad…!

—En un sueño —sonrió al fin Número Uno—. ¿Estás bien, mi amor?

—¡Claro que estoy bien! ¿Y tú?

—Perfectamente. Por cierto, *mamma* María está, en efecto, camino de Villa Tartaruga. Y estaría encantada de cocinar para ti… durante muchos, muchos días.

—Número Uno: eres un granuj…

Ya no pudo decir nada más. Prefirió abrazarse más fuertemente al espía, y corresponder así al abrazo de él. Y sobre todo, dulcemente, al beso que recibía de la dura y viril boca de Número Uno.

Este es el final

Número Uno abrió los ojos al notar las cosquillas sobre el pecho, y sonrió al ver de pie junto a él a Brigitte, dejando caer pequeñas briznas de hierba. La mirada del espía fue luego a la otra mano de Brigitte, y por sus ojos pasó una expresión sombría, al ver el periódico doblado entre los finos deditos.

—Hola… ¿No te sientas? Hace un buen sol.

Brigitte, en bikini, se tendió junto a Número Uno, y se quedó mirando las flores que tenía muy cerca de ella, rodeando la piscina de Villa Tartaruga. Uno se dio cuenta de su silencio, dio la vuelta, y quedó boca abajo. Miró también las flores, sonrió un tanto crispadamente, y preguntó, con voz indiferente:

—¿Qué dice el periódico?

—Los habitantes de Montecarlo que resultaron afectados por el Inmovix se han recuperado en su totalidad. Hubo algunos heridos, que se vieron paralizados cuando iban en coche… Dos muertos solamente, debido a accidentes de esta clase. Los del *camping* La Papillon están ya fuera de todo peligro, naturalmente.

—Es una buena noticia —musitó Uno—. Toda Francia debería contribuir para levantarte un monumento.

—¡Qué horror! —exclamó Brigitte, intentando sonreír—. Vamos a dejar que se lo levanten a *monsieur* Nez y al comisario Diderot. Yo prefiero ser una persona viva, no una estatua.

—Muy razonable. ¿Qué piensas hacer con la fórmula del gas?

—¿La fórmula del gas? Pero querido, tú mismo viste cómo quemaba aquel gran cartel delante de *monsieur* Nez… ¡Oh!, está bien, es una tontería querer engañarte a ti. Tengo la fórmula. Y la guardaré. Cualquier día que me sienta incapaz de contener mi odio a las guerras, fabricaré gas Inmovix en cantidades tales que todos los ejércitos del mundo quedarán paralizados… ¿Podré contar con

tu ayuda?

—La humanidad no es precisamente mi gran amor —musitó Uno —. ¿Cuándo te vas?

—¿Lo has adivinado? —susurró Brigitte.

—Claro. Yo leo en tus ojos como tú en los míos. ¿Cuándo?

—Mañana.

—Mañana… No me das mucho tiempo.

—Llevo aquí cuatro días —sonrió ella; se acercó más a él, y lo besó tiernamente, en la boca—. Y de todos modos, hoy no es mañana.

FIN